

ERA UN SOÑADOR

*A mi mujer Naty,
y a mis hijos Carlos, Cristina y Elena.*

ÍNDICE GENERAL.

	Página.
INTRODUCCIÓN.	7
- El protagonista.	8
- Su familia.	9
- Su casa.	10
- Sus amigos.	17
- Sus fuentes de información.	19
- El aprendiz.	20
SUS RECUERDOS.	23
- Su infancia.....	23
- La enfermedad de Antonio.	24
- La era.	26
- La laguna de María Pascuala.	29
- El día de difuntos y la Semana Santa.	30
- Melones, sandías, peras y manzanas.	32
- Aproximación a la Historia de Alcorcón.....	34
- Visita a Madrid.	52
- El borrico y el perro.	55
- El botijo y la brújula.	56
- El aguador.	59
- El monaguillo.	62
- La Visita Apostólica.....	64
- El "Nacimiento".....	68
- "Las niñas".....	71
- La cueva de la mora.	78
- El castillo del bosque.	81
- La matanza del cerdo.	83

SUS EXPERIENCIAS EN 1761.....	23
- Los "basureros".....	93
- La boda.....	94
EL CATASTRO.....	103
- Notas del Sr. Maestro.	103
- El trabajo de Antonio.	108
SUS HISTORIAS.....	121
- Los piratas del Mediterráneo.	122
- La Isla.	129
SUS SUEÑOS.....	139
- Las casas grandes.	139
- Los palacios.....	145
NOTA FINAL.	149
BIBLIOGRAFÍA.	151

INTRODUCCIÓN.

Presentamos un libro que intenta recrear el "día a día" del Alcorcón de 1761. Todos los nombres de personas, (excepto los de Carlos, "las niñas", el protagonista y su familia), así como los datos del Catastro, fuentes, topónimos, vías romanas y caminos son reales y se han tomado de los libros *"ALCORCÓN EN LOS ARCHIVOS I, años 1764-1817, en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid"*, *"ALCORCÓN EN LOS ARCHIVOS, años 1754-1761 (El Catastro de Ensenada), en el Archivo Regional de la Comunidad de Madrid"* y artículos *"Bibliografía con noticias de Alcorcón I - II - III y IV"*; todos ellos del autor de la presente novela.

Las fechas del libro corresponden al año 1761 y anteriores, excepto los capítulos de "la boda", "el aprendiz" y las reformas en Madrid de Carlos III, que corresponden a 1764 o posteriores y que por conveniencia, se han adaptado a los años primeramente expuestos. Los relatos corresponden a recuerdos, memorias y fantasías del autor, adornados con datos de aquella época tomados de diversos libros que se reflejan en la Bibliografía.

El protagonista.

En un lugar de Las Arenas (la Sagra madrileña), de cuyo nombre sí quiero acordarme, Alcorcón, vivía un despierto muchacho con mirada soñadora, ropa vieja y remendada, perrita color canela y un burrito muy trotón. (EN MEMORIA DE CERVANTES).

Se llamaba Antonio Rodríguez Vasallo, en febrero de 1761, tenía 14 años. Era delgado, no muy alto, aunque era el más alto de sus amigos. Decían que era despierto e inteligente y, sobre todo, era muy tímido. No tenía muy buena vista, quizás, por ver borroso lo lejano, adivinaba, inventaba y soñaba. El cura y el maestro siempre habían dicho que valía para estudiar. El cura, sobre todo, había intentado que fuese a un seminario. Antonio era aguador; bueno, era un soñador.

Normalmente utilizaba los días de diario ropas que habían pertenecido a su hermano, arregladas y con remiendos (eso sí, su madre siempre se las tenía muy limpias). Para los domingos también usaba ropa de su hermano, pero en buen uso, y para los días muy festivos le habían comprado ropa y zapatos nuevos.

En verano llevaba una camisa blanca de manga larga, que tenía normalmente remangada, unos calzones que ataba por la parte inferior de las rodillas y unas alpargatas de esparto. Si hacía frío se ponía una especie de chaleco viejo de su hermano y se bajaba las mangas de la camisa. En invierno llevaba lo

mismo y añadía unas medias de lana y una chupa (especie de chaleco con y sin mangas) y sustituía las alpargatas por unas "cholas". Estas "cholas", que su padre había cambiado a un *trajinero* (comerciante) de la Tierra de Zamora en el Reino de León, eran unas botas que tenían las suelas de madera. Además, estaban reforzadas con herraduras de caballerías tanto en la parte delantera como en el tacón y eran muy buenas contra el frío y la humedad. Cuando iba en el burro y hacía mucho frío o llovía, se ponía por encima una manta vieja.

Su familia.

Era hijo de Mateo Rodríguez y Antonia Vasallo, su hermano Cayetano tenía 18 años y su hermana Manuela, era de muy corta edad.

Su padre era jornalero y hospitalero. En Alcorcón, ya no había hospital y llevaba a los enfermos forasteros, con un borrico, al hospital de Carabanchel de Arriba, por lo que tenía un sueldo del Concejo. Con el mismo borrico hacía de aguador. Su hermano también era jornalero, y Antonio les ayudaba como aguador cuando ellos estaban trabajando.

Como trabajaban dos personas y Antonio ayudaba bastante como aguador, en su casa no se vivía demasiado mal, lo que le permitió asistir casi regularmente a la escuela. Su padre, que sabía leer y escribir, se empeñaba en ello.

Su casa.

Su padre tenía alquilada una casa, propiedad de un vecino de Madrid que era natural de Alcorcón. La había alquilado muy barata, pues cuando la cogió estaba en muy malas condiciones, casi derrumbada. Las condiciones del alquiler fueron que la reconstruyera y mantuviera para evitar su ruina. Su padre la había retejado con tejas de una parte caída de la cuadra, reponiendo adobes (ladrillos hechos de barro, paja y agua; todo ello amasado y dejado secar al sol), rebocando (recubriendo las paredes de adobes con una capa fina de barro), encalando (dando una pintura blanca de cal) las paredes y haciendo la mayoría de las puertas interiores.

La casa era muy baja y pequeña, aunque tenía corral. En la fachada, de unos 18 pies (un pie equivalía a 0.2786 metros), había una ventana enrejada, una cuerda a lo largo de la misma sujeta a dos clavos que su madre utilizaba para tender la ropa, una puerta ancha de doble hoja horizontal, con gatera en la misma (un agujero hecho en la parte inferior de la puerta para que pudiese pasar el gato), y su padre había hecho un poyo para sentarse junto a la puerta. El poyo era una especie de cubo alargado de adobe, recubierto con barro y encalado como toda la fachada, y en su parte superior tenía unas baldosas de barro rojo en el que se sentaban en invierno a tomar el sol y, en verano por la noche, a tomar el aire fresco.

Se entraba por un pasillo muy ancho (pasaba perfectamente el burro con sus aguaderas), que llevaba directamente al corral pues no tenía otra entrada. El suelo era, como el de toda la casa, de tierra pisada; hacía muy poco que habían enlosado con baldosas de barro rojo el cuarto de "recibir". Este pasillo lindaba por la derecha en toda su longitud con la casa vecina, por la parte izquierda estaban las habitaciones.

Nada más entrar por el pasillo a la izquierda, había un cuarto que daba a la ventana de la calle. Tenía una mesa, cuatro sillas y el único mueble bajo que había en la casa que era de calidad, aunque viejo, donde su madre tenía la mejor vajilla, que era muy poca. Se utilizaba muy poco, como mucho para recibir alguna visita, aunque si era de confianza entraban en la cocina.

Adosado al cuarto y separado por unas telas, a modo de cortinas, había una alcoba con una cama grande donde dormían sus padres, un arcón de madera grande con dos cerrojos y un baúl con la tapa curva y recubierto de piel de cabra. El baúl tenía en lo que era la caja de la parte inferior, unas paredes de madera muy gruesas que terminaban en unas maderas clavadas por puntas, a modo de refuerzo. Lo curioso era que en la pared derecha, la tabla superior en la que también se veían las puntas clavadas, con un movimiento especial, se abría y dejaba al descubierto un hueco hecho con dos maderas finas en vez de la madera gruesa que parecía. En ese hueco secreto, era donde se

guardaban los papeles importantes y el dinero. También había una cama pequeña donde dormía su hermana menor.

Siguiendo por el pasillo, mas o menos a la mitad del mismo, había una puerta que se abría hacia fuera, de maderas muy delgadas y desiguales, que llevaba al "sobrao" (desván, espacio que queda entre el techo de las habitaciones y el tejado), del que después hablaremos.

Un poco mas adelante había otra puerta de las mismas características que la anterior, que daba a una despensa bastante grande e incluía el hueco interior de la escalera que llevaba al "sobrao". Allí, su madre guardaba, en un cajón con paja, los huevos; también había medios sacos de garbanzos, lentejas, alubias y toda clase de alimentos.

A continuación estaba la puerta de la cocina, un poco mejor que las dos anteriores. La cocina era bastante grande. En la pared frontal a la puerta de entrada estaba la cocina baja con su chimenea. A la izquierda de la cocina baja había un banco corrido, perpendicular a la pared, y más a la izquierda unos basares en la parte superior y un compartimento de ladrillos, cubierto con una tela en el frente, en la parte inferior. En la parte derecha de la cocina había un lavadero y, más a la derecha, en un apoyo de madera, los cántaros del agua. En la pared de la derecha existía una gran ventana que daba al corral. A ambos lados existían una especie de armarios bajos hechos de ladrillos, que tenían una gran zona para trabajar en la parte

superior, y estaban cubiertos con unos trapos en la zona inferior, donde su madre metía los cacharros de la cocina. En el centro había una gran mesa de madera con un banco corrido en la pared que daba al pasillo y tres no muy buenas banquetas. La pared de la izquierda tenía una puerta que daba a una pequeña alcoba. Esta alcoba no tenía ventana, y tenía un pequeño jergón (colchón) de paja de centeno donde dormía su hermano Cayetano.

Siguiendo el pasillo y en su final, había una puerta enteriza que daba al corral. También tenía gatera, pero con una tabla oscilante que la cubría y dejaba pasar a la perrita "Tula" y a los gatos, pero no a las gallinas. El corral era grande, tendría unos 54 pies de largo, y al final estaban las cuadras. En el corral, en un rincón junto a las cuadras, estaba el estiércol donde se tiraban todas las inmundicias y por donde pululaban las gallinas. Junto a la casa había una parra y un poco más allá, una higuera. No tenían pozo, como ocurría en la mayor parte de las casas del pueblo; aunque parece que existía una veta de agua que iba desde la Iglesia hasta el final de la calle Mayor, con algunas pequeñas ramificaciones.

En las cuadras de la casa había un pajar, el establo para el burro, una cuadra baja para los cerdos, otra para los conejos y unos huecos en el suelo, hechos con adobes, que servían para que pusieran los huevos las gallinas, y encima de ellos había unos palos donde dormían. Junto al pajar su padre había hecho

un cuarto muy bien arreglado por si tenía que acoger, alguna noche, a algún enfermo antes de llevarlos a Carabanchel.

Su padre, que al no tener tierras no podía tener paja para los animales y la lumbre, cambiaba el estiércol o abono (basura) que se producía en la casa por paja. Las dos cosas había que sacarlas y meterlas por el ancho pasillo en una carretilla. Para la paja, como pesaba poco, se le ponían unas tablas para que cupiese más. Antonio no solía sacar las carretillas de estiércol, pero sí las de paja, y sobre todo se dedicaba a pisarla en el pajar para apelmazarla. Esto último era muy penoso pues el polvo se metía por la nariz y la boca y se tenía que poner un pañuelo para evitarlo y, aún así, salir varias veces fuera para respirar.

Y llegamos al "sobrao", *¡el sobrao!*, el *santa santorum* de Antonio, donde dormía, jugaba, soñaba despierto, leía y en fin, pasaba la mayor parte del tiempo del que disponía. Como ya se ha dicho se subía por una escalera de madera en no muy buen estado, que daba a la parte más alta del "sobrao". Después, el techo se hacía más bajo hacia la calle y el corral al ir bajando el tejado.

Esta parte más ancha estaba limitada por dos paredes: la que daba hacia la calle coincidía con la pared inferior que separaba el cuarto de la entrada con la alcoba y la que estaba hacia el corral era la continuación de la pared inferior que separaba la alcoba de la cocina de la alcoba del cuarto de la entrada. Estas

dos paredes tenían unas pequeñas aberturas por las que, con una vela, se podían ver cantidad de trastos viejos que se iban acumulando. Entre las dos paredes había otra, con una pequeña puerta, que era la continuación de la pared del pasillo, y que con la pared de la casa contigua, formaban un pequeño cuarto que era donde dormía Antonio. En el centro, y cerca de la puerta del cuarto de Antonio, había una claraboya que iluminaba la parte central del sobrado. Esta zona era la utilizada por Antonio para llevar a sus amigos y donde, en las tardes de verano, extendía una manta para leer o dormir la siesta.

El suelo del "sobrao" era de tablas, mal engarzadas y algunas levantadas. El techo tenía entre los palos unas tablillas en las que se apoyaban retamas secas que estaban cubiertas de barro, sobre el que iban las tejas. Cuando hacía viento se caían por entre las tablas trozos de barro y ramaje.

En el trozo de techo que quedaba a la derecha de la escalera y en la zona que quedaba enfrente del cuarto de Antonio era donde se colgaba la matanza para su curación. Cuando estaba colgada la matanza, a mediados de diciembre, el "sobrao" tenía un olor especial. Los chorizos estaban colgados en varaes cerca del techo y los jamones y las grandes hojas de tocino (las dos zonas laterales de los cerdos), cubiertas de sal, estaban en el suelo, en el espacio entre la escalera y la pared de la derecha. Antonio no sabía muy bien porque su padre lo hacía así,

aunque pensaba que, podría ser que fuese más cómodo poner la sal y plancharla con ladrillos (para que la sal se introdujese más en ellos), desde la escalera. Después de un tiempo con la sal, los jamones y hojas de tocino, pasaban a colgarse del techo para finalizar su curación. Antonio recuerda que en inviernos muy lluviosos, tenían que poner grandes cacharros de barro rellenos de paja quemándose, para que con el humo no se estropease la matanza.

Y ahora hablemos del cuarto de Antonio, mejor su cuchitril, pero que para él era un palacio. Estaba situado, como ya hemos dicho, justo encima del pasillo y en la zona más alta del "sobrao". Tenía la anchura del pasillo y estaba limitado hacia la calle y el corral por las paredes que hemos comentado, también una puerta vieja y destartalada con una especie de cuadrados vacíos en su parte superior y cubiertos por una cortina de tela muy fina, que dejaban entrar un poco de la luz de la claraboya. Dentro, a lo ancho, entraba un camastro muy ancho y un pequeño espacio para entrar de lado. En la cabecera, Antonio había puesto unos adobes para poder apoyar la palmatoria de la vela con la que se alumbraba al subir por la noche. A lo largo, que era más espacioso, tenía un cajón en no muy mal estado para meter su ropa, y otro más pequeño donde guardaba todos sus *trastos* antiguos y actuales. También tenía una especie de estantería que había hecho él, con maderas viejas, donde ponía el libro que le solía dejar el maestro y los apuntes que había ido

recogiendo a lo largo de sus pocos años; se creía, soñando despierto, que tenía una gran biblioteca. Como del techo, caían trozos de tierra, lo había ido cubriendo con los papeles que le daba el escribano porque estaban estropeados o ya no le servían, de forma que la tierra que caía del techo pasaba de un papel a otro pero a el no le daban. En la cama tenía puestas muchas mantas, entre ellas una que llamaban "manta zamorana". Era de colores rojo y verde a rayas y era muy bonita; aún así, muchas noches dormía vestido (bueno, se quitaba las botas pero NO los gruesos calcetines de lana, ¡eh!). Por la mañana, con un solo dedo, lo mojaba en agua y se lavaba los ojos, con lo que ya estaba aseado.

Ya se ve que no era un palacio, pero para él sí lo era, y allí se sentía enteramente feliz.

Sus amigos.

Eran muy importante para él, después de su familia, sus amigos: José Morales de Pontes (aguador), Alfonso Martín Rodríguez (aprendiz de albañil, con su padrastro), Damián Albarado Martín (aguador, de 15 años) y Mateo González Gómez (aprendiz, en su casa, de alfarero), todos de la misma edad (14 años en 1761) menos Damián; pero éste, era aguador como Antonio.

También tuvo otro amigo cuando tenía ocho o nueve años, se llamaba Carlos y sus padres y hermanos habían venido a vivir a

Alcorcón. Estuvieron solo un año y medio o dos y después fueron a trabajar y vivir a otro lugar. A sus padres, sobre todo a su madre, les gustaba mucho Alcorcón por lo que no sería extraño que antes o después volvieran a él. Carlos, ya no se acordaba de su apellido, era tímido, hablador (bueno, su madre decía que sería muy hablador fuera, pero que en casa no contaba nada) y muy buen amigo. Le gustaba mucho andar, investigar caminos nuevos, cuevas y todo lo que se le pusiese por delante. Se acordaba mucho de él.

Las familias de sus amigos de Alcorcón eran las siguientes:

José, era hijo de Félix Morales y Francisca de Pontes. Tenía tres hermanos menores que él llamados Rafael, María y Feliciano. José, aparte de aguador, solía ayudar a su padre en el oficio de sastre, aunque no le gustaba mucho.

Alfonso, era hijo de Juan Martín de Santos (fallecido) y María Rodríguez. Tenía cuatro hermanos llamados Juan, Eugenia, María Antonia y Gregoria, de 18, 13, 10 y 6 años. Su madre se había casado, en segundas nupcias, con Mateo de Flores, maestro de obra prima, con el que trabajaba Alfonso.

Damián, era hijo de Nicolás Albarado, alfarero y jornalero y Francisca Martín; tenía una hermana llamada Felipa de 10 años.

Mateo, era hijo de Francisco González (fallecido) y María Gómez de Diego, alfarera y labradora; tenía dos hermanos llamados Diego y Victoria, de 20 y 7 años.

Sus fuentes de información.

Desde muy pequeño solía hacer recados y pequeños trabajos a diversas personas, pero fue después de tomar la Comunión y cuando ya se defendía bien en leer y escribir, cuando los pequeños recados y trabajos, con los que ganaba algunas monedas, le sirvieron como fuente de información. Además de ser un soñador, era un poco cotilla y todo lo quería saber.

Una de las personas de la que conseguía información era el cura don Juan Domingo de la Peña Ochoa. El sacerdote tenía pozo en casa y Antonio no le traía agua pero se encargaba de rellenar los cántaros, dar de comer, beber y limpiar la mula y hacer pequeños recados. También ponía tinta en el tintero y colocaba los libros, tanto eclesiásticos como de otra clase, en las estanterías de la pequeña biblioteca que el cura tenía en su "despacho de recibir", lo que aprovechaba para curiosear lo que podía o pedirle prestado alguno de los pocos libros de que disponía.

Una de las personas a las que servía el agua y hacía pequeños trabajos, en especial ordenar los papeles, poner tinta, etc., era el escribano don Manuel Francisco Malnero. Era lo que más le gustaba porque siempre que podía, releía algo de testamentos, cartas dote, compras y ventas, etc., con lo que se informaba de toda la vida del pueblo y, además, el escribano solía regalarle folios viejos o usados por una cara que no utilizaba y que para Antonio eran un tesoro para poder escribir.

Otra, y para él la más importante fuente de información, era el maestro don Manuel Díaz de Arenas. No le llevaba el agua, lo hacía su amigo, ni le hacía recados o trabajillos, pero como había sido su alumno preferido, siempre le llamaba para prestarle el último libro que le había llegado. Tenía una gran biblioteca, ¡unos 40 libros! (no los compraba con su pequeño sueldo de maestro, pero el venía de familia que tenía dinero). Los que más le gustaban eran los de historia, geografía, novelas obras de teatro y sobre todo una carpeta con diversos apuntes que, el señor maestro, iba reuniendo para poder escribir cuando pudiera una "Aproximación a la Historia de Alcorcón". Los había leído todos y los repetía, sobre todo los de historia; lo que hacía con mayor ilusión era el ir recopilando datos de la carpeta de apuntes "Aproximación a una Historia de Alcorcón".

Otra forma de obtener información, era en una partida de cartas que solía celebrarse en casa del cura. A ella asistía el médico y alguna otra persona del pueblo. Antonio, mientras hacía sus trabajos, no perdía palabra de lo que allí decían.

El que más le informaba sobre la vida de Madrid, era su amigo Manuel, que estaba allí de aprendiz.

El aprendiz.

Se llamaba Manuel Lucas, era hijo de Pablo Lucas y Manuela Talavera. Le habían contratado como aprendiz, por cinco años, en casa del maestro sastre de la Villa de Madrid, Pedro Antonio

de Taboas. La obligación del maestro era enseñarle el oficio mientras trabajaba, darle de comer, cama y lavado de la ropa, aunque la ropa tenía que facilitarla la madre del joven.

Cuando Antonio, cargado el burro, acompañaba a algún vendedor de cacharros a Madrid (que fueron bastantes veces) y, una vez descargados los cacharros en la plaza y dejado el burro junto a la caballería o caballerías del vendedor (eso sí, después de darles agua y dejarles con una buena "cebadera", especie de saco que colgaban en el cuello del animal, llena de pienso y paja) ya no tenía nada que hacer hasta la tarde que volvían a Alcorcón y salía a buscar a Manuel. Antonio sabía que Manuel, a una determinada hora, salía a realizar el reparto de los encargos que tenía su maestro; lo buscaba, lo acompañaba y Manuel le iba contestando a las preguntas de Antonio.

SUS RECUERDOS.

A Antonio, tanto como soñar e inventar historias para sus amigos, le gustaba contar todos sus recuerdos y, aquí, nos los cuenta.

Su infancia.

Poco recuerda Antonio de su infancia, pero intenta exponer lo poco que le queda de aquella época.

Sus padres le habían dicho que había nacido en un pueblo cercano donde su padre trabajaba, pero a los dos meses de su nacimiento ya estaba en Alcorcón. Hasta los cuatro o cinco años, no vivían en la casa actual, si no en otra que, casualidad, estaba enfrente de la que después habitaría la familia de las "niñas" con Natividad entre ellas.

Justo al lado de la casa de "las niñas", enfrente de la suya, vivían dos señoras mayores que daban "clase" a los niños pequeños; estas "clases" consistían en hacer "palotes", es decir rayas, una detrás de otra sobre un trozo de pizarra y rayando con un trozo de loza roja o con tiza. También, "las maestras" dibujaban algunas letras en las pizarras y los alumnos las intentaban copiar.

De aquella época, recuerda el ir a *espigar* con su madre a unas tierras a una media legua del pueblo; el *espigar*, consistía en ir por las tierras que habían sido segadas y recogida la cosecha y, con autorización del dueño de la tierra, recoger las pocas

espigas sueltas que quedaban. También fue la época de cuidar gusanos de seda, recoger moras y tener grillos en jaulas pequeñas.

Antonio, no recordaba quien le dio los primeros gusanos. Sí recuerda que los tenía en un pequeño cajón de madera, tapado con un trozo de tela de saco viejo.

A los gusanos de seda se les alimentaba con hojas de morera que tenían que ir a recoger cerca de Carabanchel Alto y de paso recogía, si había, moras. Los gusanos devoraban las hojas y se hacían grandes, de casi tres dedos de largo por uno de gruesos. Lo mas emocionante era cuando se envolvían en unos capullos de seda; allí pasaban algunos días y, después, como si fuera un milagro salían unas mariposas.

El señor maestro les había dicho que con esos capullos, antes de que salieran las mariposas, se obtenía la seda para los trajes de los grandes señores.

Estas mariposas ponían un montón de huevos muy minúsculos y después se morían. Al año siguiente, de estos minúsculos huevos, salían los nuevos gusanos que eran cientos. Y se continuaba criándolos.

¡Era muy curioso e interesante!

La enfermedad de Antonio.

Antonio tenía un familiar sacerdote en un pueblo a unas cuatro leguas de Alcorcón; en este pueblo, no se acuerda muy

bien del nombre, pasaba largas temporadas. Recuerda los paseos por el río y la visita, casi constante y con sus amigos, al castillo. Los regalos, de una NARANJA y una pizarra enmarcada, el día de su santo. La lumbre de la cocina que era de paja muy presionada. Los panes que le regalaban al sacerdote, no sabe en que día de fiesta, y que tenían para comer muchos días y, aún, llevar casi medio saco cuando volvía a Alcorcón.

Lo que más recuerda, pues le afectó a la salud durante toda su vida, fue lo siguiente:

Una de las veces que volvían a Alcorcón, subido a un burro, sea por que hacía mucho frío o por que no se tapó bien con la manta, cogió una grave enfermedad en los pulmones. Al llegar a Alcorcón, el médico después de examinarlo aconsejó a su padre llevarlo al hospital de Carabanchel de Arriba, donde pasó casi un mes; recuerda las grandes salas con las camas de los enfermos y los familiares a su lado. Independientemente de que le llamaban valiente, pues no se quejaba cuando le abrían y le sacaban líquido del pulmón por la espalda.

Lo que más alegría dio a los enfermos y más protestas provocó entre los empleados fue la visita de una prima hermana llamada Lorenza, que sabía lo que los pájaros le gustaban a Antonio, se le ocurrió llevarle en una cesta de mimbre un montón de pajaritos vivos; al abrir un poco la cesta para enseñárselos, todos los pájaros salieron volando por la

inmensa sala lo que provocó la alegría de unos y el malestar de algunas enfermeras y médicos. Fue uno de los recuerdos más bonitos que tuvo Antonio para toda su vida.

Una vez "curado" en el hospital lo llevaron a su casa; sus padres le pusieron una cama junto a la ventana que daba a la calle del cuarto de recibir. Allí pasó casi seis meses recuperándose. Aún así ya le quedó para siempre "seco" la parte inferior del pulmón izquierdo.

La era.

En todos los pueblos con más o menos agricultura, siempre existían unos trozos de terreno, muy cerca del pueblo, que estaban destinados a realizar todas las faenas después de la recolección de las mieses (trigo, cebada y centeno principalmente aunque también se desgranaban los garbanzos y lentejas). Estas faenas consistían en ir acumulando las mieses recogidas, desgranarlas y separar el grano de la paja.

Todo comenzaba con la siega. Cuadrillas de segadores (si era poco lo que tenían que recolectar se reunían varias familias y se ayudaban unas a otras, si eran grandes propietarios contrataban a jornaleros), iban segando con hoces las distintas mieses y acumulándolas en unos montones que se llamaban haces. Después, lo acarreaban en carros que, para tener más capacidad, les añadían unas redes alrededor; todo esto lo llevaban a la era y, una vez descargado, comenzaba la trilla.

La trilla, que era el hecho de machacar y separar el grano de la paja, se realizaba de dos maneras:

Si la cosecha era pequeña como ocurría con la mayoría de los vecinos de Alcorcón, utilizaban el muy antiguo procedimiento de machacar las mieses con un palo que estaba sujeto con una pequeña cuerda a otro palo más pequeño por donde se agarraba.

Si la cosecha era muy importante, como ocurría con dos o tres vecinos que solo eran labradores, además de contratar a jornaleros, tenían unos “trillos”. Estos trillos estaban formados por unos tablones muy anchos y levantados por la parte delantera; estaban unidos por unos travesaños y, lo más importante, tenían en la parte de abajo incrustadas unas piedrecitas muy afiladas que eran las que cortaban la paja y separaban el grano.

El padre de Antonio que, además de hospitalero y aguador era jornalero (ya entonces no tenían mas remedio que estar pluriempleados), trabajaba para uno de los labradores ricos del pueblo. Tenía la era en la zona que llamaban “eras de la Arpada” cerca de Cantarranas (donde Antonio y sus amigos, en primavera y otoño, se dedicaban a soñar despiertos) y a ella iba Antonio para ayudar a su padre. Lo que mas le gustaba era la trilla. Al trillo se le ponía una piedra grande que hacía de peso y de asiento; se colocaban delante a dos mulas o burros para que lo arrastrasen y allí estaba Antonio dando vueltas alrededor

de una especie de círculo en que habían esparcido las mieses. El trabajo era sencillo pues los animales sabían lo que tenían que hacer y, casi solos, daban vueltas y vueltas hasta que quedaba la paja en trozos pequeños y los granos separados. Se lo pasaba bien Antonio con su sombrero de paja y dejándose llevar por el monótono movimiento del trillo.

Una vez que consideraban que la mies ya estaba trillada la recogían en grandes “parvas” (montones cónicos o alargados) a la espera de la “limpia”.

La limpia era lo más importante, pues se separaba el grano de la paja. Había que esperar a días de viento para, con una pala de madera, “aventar”, es decir, lanzar la mezcla de paja y grano al aire y el viento se llevaba la paja mas lejos, dejando los montones de grano.

Era en este momento, que el grano aún estaba en la era esperando ser introducido en sacos y llevarlo al granero, cuando se quedaban a dormir junto a los montones para evitar robos de merodeadores forasteros.

Mateo, uno de los amigos de Antonio, tenía una era junto a la que trabajaba su padre. La madre de Mateo era viuda y trabajaba de alfarera pero tenían algunas tierras para “sacar pan para el año” decían y algo de cebada y paja para el burro y el cerdo. Tenía un hermano mayor que era el que se encargaba del trabajo duro y Mateo se quedaba por las noches para vigilar el

montón (pequeño) de grano. Antonio le acompañaba y, así, guardaba las parvas de su padre.

Se pasaban la noche charlando, viendo las estrellas y esperando encontrar, en el cielo, unas muy fugaces que parecían cometas pequeños y que aparecían y desaparecían, trazando unas líneas en el cielo, de forma muy rápida. Natividad, la amiga de Antonio, decía eran las almas purificadas que subían al cielo. Antonio no lo tenía tan claro.

En estas largas noches, pensaban y comentaban lo duro y arriesgado que era ser agricultor. Cuando sembraban estaban pendientes de si llovía poco o mucho para que naciera lo sembrado; cuando ya nacía y estaba seco tenían miedo por alguna tormenta con pedrisco que la destruyese o, peor, que algún rayo lo incendiase. Cuando lo recogían y lo tenían en la era, el mismo miedo por el fuego. Solo estaban tranquilos cuando tenían el grano en los graneros. Siempre con miedo, siempre pendientes del tiempo y, cuando todo salía sin problemas, recolectaban lo justo para ir sobreviviendo.

¡Era duro ser agricultor!.

La laguna de Maria Pascuala.

En algunos días de fiesta de esta época de verano, Antonio y sus amigos solían ir hasta una laguna que estaba en el pueblo cercano de Polvoranca. Iban por el camino buscando algún sembrado de girasoles (que había muy pocos) para coger

algunos e intentar comerse las pepitas. En todo caso iban con una intención, bañarse en la laguna de María Pascuala. Bueno, bañarse es un decir, mojarse un poco siempre que no hubiese gente por los alrededores.

Llegaban a la laguna, miraban bien si había gente por los alrededores y, desnudándose completamente, se daban un chapuzón. Lo malo era a la salida del agua pues como no tenían nada para secarse tenían que hacerlo al sol; algunas veces, al ver que venía gente se tenían que vestir deprisa sin tiempo para secarse. Claro, que por el camino, aunque estuviesen con las ropas mojadas, pronto se secaban.

La verdad es que lo hacían muy pocas veces, una o dos al año, pues lo del agua no les atraía mucho.

El día de difuntos y la Semana Santa.

Dos recuerdos, un poco tétricos, tenía Antonio. Eran “el día de difuntos” y la “Semana Santa”. No por él pues, al fin y al cabo era monaguillo y le correspondía tocar las campanas a “muerto” y ayudar a colocar los paños morados y “los judíos”, sino por lo que le contaba Natividad; la niña de sus ojos.

El día de difuntos. Aún hoy, no sabe muy bien si es el día 1 o 2, o la noche entre ambos días del mes de noviembre; tal como fuere, grande era el pánico que le provocaba a Natividad, según ésta le contaba.

Recordaba el sonido de las campanas de la iglesia. ¡Tam!, un tiempo, ¡Tam!. Y así toda la noche, sonaba muy fúnebre, era el toque de difuntos le decían. Este sonido de la campana se unía a la tertulia que tenían los mayores junto al fuego de paja y retamas. Contaban historias de “aparecidos”, de fantasmas, de cosas raras que, según ellos, habían ocurrido. Esa noche, Natividad no conseguía dormir por el miedo. Toda la noche escuchando la campana ¡tam! ... ¡tam!, y recordando las historias que había escuchado junto a la lumbre.

La Semana Santa. Otro de los recuerdos tétricos de Antonio. Todos los santos de la iglesia cubiertos con paños morados. La procesión del Cristo crucificado. El sonido de las “carracas” (una especie de rueda con dientes en la que estaba apoyada una tabla y que sonaba fuerte y seca al hacerla girar) y, sobre todo, unos tapices que ponían en el altar mayor y que cubrían, casi, desde el techos hasta el suelo; los llamaban “los judíos” y era unos dibujos pintados de soldados romanos y otra serie de personas pero que daban miedo.

Lo bueno que tenía la Semana Santa eran unos dulces que hacía la madre de Antonio, típicos de esa fecha, que estaban muy buenos. No digamos para el goloso de Antonio.

Melones, sandías, peras y manzanas.

Aunque, Antonio y sus amigos comían lo suficiente en sus casas, nunca rechazaban aquello que les cayese en sus manos. Como decían sus padres, estaban en “la época del estirón”.

En la época de los melonares, en la que no tenían escuela, solían merodear por donde había algunos pero, sea por que eran de personas conocidas o por que estaban vigilados todos ellos con unas casetas de ramas en forma de cono y nunca sabían si estaba alguna persona vigilando o no, no obtenían mucho rendimiento de los mismos a no ser, que algún conocido, les diese un melón o sandía. Pero habían encontrado un método que, salvo algún latigazo en las costillas, siempre tenían recompensa.

Solía venir por el camino de Móstoles un carro pequeño con burro y conducido por una persona joven que estaba cojo y tenía muy mal carácter. Venía el carro, casi siempre los viernes, cargado de melones y sandías que llevaba a sus clientes de Madrid. Toda la pandilla de amigos esperaba por el camino de Móstoles a Madrid. En cuanto aparecía el carro, la pandilla se transformaba en una jauría de lobos que lo atacaban en grupo.

El cojo conductor siempre muy prevenido y con una “tralla” en la mano (la tralla era un látigo muy largo atado a un palo) se aprestaba al ataque y a defender su carga. El grupo amenazaba con quitarle algún melón o sandía por todos los lados del carro

y, aunque el conductor manejaba muy bien la tralla y siempre salía alguno con su marca, al final conseguían coger alguno de los frutos. Ellos contentos se iban a comer, utilizando las navajas que todos llevaban, el botín conseguido y el conductor del carro continuaba su camino hacia Madrid muy molesto y llamándoles, a grandes voces, de todo lo imaginable.

Otra de sus despensas y, por lo tanto de su entretenimiento, era el intentar robar alguna fruta en la época de las mismas. Lo que más les gustaba eran las peras y las manzanas; para ello iban a las huertas de Móstoles y de Leganés donde menos les conocían.

En una de aquellas aventuras, pues eso era para ellos, apareció el dueño de la huerta y al salir todos corriendo Antonio tuvo la mala suerte de caerse y hacerse daño en un pie. Su segunda mala suerte fue que el dueño era un amigo de su hermano y de su padre y, esto, fue peor que el dolor momentáneo del pie. El dueño del huerto le cogió por una oreja y de esa manera llamó, a grandes voces, al hermano de Antonio que estaba en una huerta próxima. Quisieron darle un escarmiento y, al día siguiente, lo llevaron ante el alcalde, que era el juez, y le pusieron de multa el tener que limpiar las habitaciones del Concejo durante un mes. En mucho tiempo, tanto Antonio como sus amigos, dejaron sus aventuras de busca de frutas.

Aproximación a la Historia de Alcorcón.

Recuerda Antonio que con siete u ocho años ya era muy aficionado a la Historia. El señor maestro, don Manuel, le había transmitido su afición por ella. Como ya se ha comentado, el maestro era rico; no por parte de sus haberes que eran pocos, lo era por la familia. Tenía una buena caballería y, como mucho cada dos semanas, iba a Madrid a reunirse con sus amigos también aficionados a la Historia, en especial la de Madrid; también, iba a investigar en todos los archivos que podía. Como curiosidad, era aficionado a consultar a una "curandera de huesos" que era de su mismo pueblo, allá en el Reino de Valencia; esta curandera decía que tenía facultades para ver el futuro, pero no ejercía por miedo a represalias. Con don Manuel, como se conocían desde niños y no le consultaba cosas familiares, solo le consultaba como estarían o se llamarían zonas y parajes que el conocía de Alcorcón, hacía una excepción.

Con las explicaciones del maestro y con los apuntes, que había sacado de una carpeta de la Historia de Alcorcón que el señor maestro estaba escribiendo, de los que no se separó durante bastante tiempo, se dedicó a explicar a sus amigos todo lo que él había aprendido; y lo hacía en aquellas siestas de verano o los atardeceres en primavera y otoño o las largas tardes noches de invierno, en este caso, en su cobertizo preferido y junto a una fogata.

Casi siempre comenzaba de la misma manera. Estaban aburridos, sin saber que hacer y Antonio les decía: - ¿qué?, ¿os cuento algo de Historia?. Ellos, sin otra cosa mejor que hacer, contestaban: - ¡Bueno, cuenta algo!.

Antonio, durante aquel tiempo, había hecho un repaso de la Historia que podía afectar a Alcorcón y ahora la recordaba. En sus recuerdos entremezclaba sus explicaciones a los amigos con las lecciones, sobre todo prácticas, que les había impartido su maestro.

De la PREHISTORIA, que no la entendía muy bien, el maestro les había comentado que no conocía restos de habitantes en el término pero que, dadas las fuentes La Vieja y La Canaleja, puede que pasaran en sus trashumancias.

Dentro de lo que Antonio consideraba Historia, le gustaba mucho la época de los *celtíberos*, mezcla de pueblos de origen centro europeo (los celtas) y pueblos de origen mediterráneo (los íberos), que habitaron estas tierras cinco o seis siglos antes de Cristo.

Estos pueblos se dividían en diferentes grupos. Por la zona de Madrid y Toledo, los *carpetanos*; mas hacia el Oeste, los *vettones*; por encima de ellos, en el valle del río Duero, los *vacceos* y hacia el Este, de Norte a Sur, los *pelendones*, *arevacos*, *tilios* y *olcades*.

De los CARPETANOS se conservan restos de ciudades amuralladas pero por lo general vivían en cuevas o chozas de

barro y paja; se dedicaban a la agricultura y sobre todo a la ganadería, ambas semitrashumantes.

El señor maestro les había comentado que, aunque en la zona de Alcorcón no se conservan restos de viviendas, tuvieron que pasar por aquí para pastar sus rebaños. Sobre todo teniendo en cuenta el camino que viene de Pinto llamado vereda del Monte y que pasa entre Leganés y Fuenlabrada, uniéndose después a la vereda de Castilla que viene de Leganés y, ya juntos, seguían por la vereda de las Viñas y camino de Segovia. La zona donde se unen y van juntos, es el camino que está al fondo de la cuesta de Cantarranas; el que se ve desde las eras de la Arpada, que están junto al camino que desde Pozuelo y Boadilla va a Polvoranca, al lado del camino de Madrid.

Este camino, les había dicho el señor maestro, era anterior a los romanos y algunos autores afirmaban que por él había pasado Aníbal con su ejército cuando atacó a los carpetanos, vettones y vacceos; también, como los celtíberos eran muy buenos guerreros, los enrolaba en sus tropas. Al señor maestro la curandera le había dicho que en un futuro ese camino, que llamarían Avenida de Leganés, estaría al sur de unas casas grandes que se llamarían El Parque de Lisboa; entendía lo del parque por los árboles que había pero lo de ¡Lisboa!, ¿como no fuera que vinieran a vivir portugueses?.

Antonio, siempre que pasaba por ese camino, se trasladaba soñando a épocas lejanas.

Admiraba al señor maestro por lo que, según Antonio, sabía y sobre todo de Historia de Alcorcón; siempre le veía caminando por el término, buscando vestigios (camino, trozos de piedras, etc.) de lo que pudo ocurrir en la antigüedad por esta zona.

Antonio recuerda cuando el señor maestro les explicó "el tema de los romanos". Era un día de finales de primavera. El maestro al ver que solo habían venido tres alumnos, entre ellos Antonio (en esa época ya comenzaban las faenas del campo y la mayoría de los alumnos tenían que ayudar a sus padres), decidió hacer una clase práctica y salieron a pasear hacia La Ribota. La Ribota, era una zona alargada que comenzaba en las casas del pueblo de Polvoranca, seguía por el Cerro de la Ribota situado al sur este de Alcorcón, pasaba por el Prado de Santo Domingo y terminaba en la fuente La Vieja y la ermita de Santo Domingo de la Ribota, al sur oeste de Alcorcón. La curandera le había dicho, al señor maestro, que en un futuro veía que en esa zona de la ermita había como un gran círculo rodeado de caminos y éstos, a su vez rodeados de una zona no cultivada. Esta zona estaría al norte de unas casas que llamarían Fuente Cisneros y al sur de un camino que pasaría por un puente alto que llamarían M-506. Lo de fuente lo entendía por la fuente La Vieja y lo de Cisneros, quizás porque cerca de la Fuente y de las huertas de Móstoles, había una huerta que llamaban de Cisneros; lo que ya no entendía era lo de un camino sobre un puente alto, pues allí se podía pasar el regato

que formaba el agua de la fuente con unas simples piedras, y lo de M-506 puede que en un futuro a los caminos los distingan con números como ya habían hecho los romanos.

Llegaron a la ermita de Santo Domingo de la Ribota y el maestro les comentó que, esa ermita, primero, en 1208, se llamaba "Iglesia de Ribota"; después, en 1427 se llamaba "ermita de San Antón" y posteriormente adquirió su nombre actual. Antonio, cuando hablaba de fechas, miraba los apuntes que había tomado de los escritos del señor maestro y que, siempre, llevaba con él. Cerca de la ermita pasarían, aunque no estaba muy seguro de por donde, dos vías romanas. Y empezó con la clase práctica y al aire libre de LOS ROMANOS.

Los romanos, comenzó, fueron un pueblo con sus comienzos en Italia, varios siglos antes de Cristo; este pueblo se extendió por todo el mundo conocido. Fueron creando una cultura, mucho de ella tomado de los griegos (que ya les había explicado en otra ocasión), y unas leyes que, aún ahora, se seguían aplicando. En la península se habían enfrentado a los pueblos existentes y, también, a los cartagineses; los cartagineses, descendían de los fenicios que fundaron su capital en Cartago, en el norte de África y, en la península, fundaron Qart Hadasht, llamada después Cartago Nova y posteriormente Cartagena, en el sur este de la misma.

Los romanos, una vez pacificaron la península, se dedicaron a hacer caminos unos con suelo de losas de piedra y otros de

tierra apisonada (el señor maestro había visto unos restos de vía romana con losas de piedra en la sierra de Madrid), acueductos para llevar el agua (había visto el de Segovia), puentes y, también fundaron varias ciudades.

Lo que les quería explicar con este paseo era que, por lo que ahora era Alcorcón, también pasaron caminos romanos, no de losas de piedra (por aquí no había) sino de tierra apisonada. Uno de ellos vendría desde Mérida, pasando por Móstoles, hacia Madrid y Alcalá de Henares; no estaba muy seguro de por dónde pasaría pero, creía, era por el actual camino Real a Móstoles y Extremadura (algunos historiadores afirmaban era la A25 romana). El otro camino vendría por Fregacedos (la curandera le había dicho que en un futuro lo llamarían Loranca, ¡que manía de cambiar los nombres!) donde se separaría en dos, uno se cruzaría con el anterior cerca de la ermita de Santo Domingo y seguiría hacia el camino de Segovia y el otro, también con el nombre de la Carrera seguiría hacia lo que después sería Alcorcón y posteriormente sería llamado el cordel de La Carrera; el señor maestro, don Manuel, estaba muy molesto pues la curandera le había dicho que en un futuro esa cañada o cordel, manteniendo su anchura, y estando flanqueada de casas la llamarían Pablo Neruda . Ese cambio, el señor maestro, ya no lo podía aguantar y su enfado fue mayúsculo, ¿cómo se podían atrever a cambiar un nombre que venía de antes de la existencia de Alcorcón?; ¡al menos

pondrán algún monolito o placa que recuerde el nombre de La Carrera!. No volvió a consultar a la curandera.

Después de estos pensamientos del señor maestro, continuaron.

- ¿Y por aquí pasaban las legiones romanas? - pregunto Antonio.

- Es de suponer - contestó el señor maestro. Y con mulas y otros animales para los equipajes. Piensa que conquistaron y crearon ciudades en toda España y Portugal; León, Lugo y muchas más.

- Bueno, lo que os quiero decir - continuó el señor maestro - es que, aunque en aquella época Alcorcón no existiese, estas tierras vieron pasar muchos pueblos; los carpetanos que vivían por aquí, los cartagineses y los romanos. Por supuesto después pasarían los visigodos y los musulmanes.

- Pues sí que pasaba gente - dijo Alfonso.

Y con estas cavilaciones se fueron de vuelta hacia el pueblo pues ya era la hora de la comida.

Otro día, recuerda Antonio, les llevó otra vez de paseo en la hora de clase, por la ermita de Santo Domingo; quería explicarles LOS VISIGODOS.

- Allá por el siglo V - comenzó a explicarles el maestro - entraron en Hispania, que así denominaban los romanos a la actual España y Portugal, gentes del centro de Europa divididos en varios pueblos: suevos, vándalos, alanos y visigodos.

Los visigodos se asentaron en esta zona e hicieron de Toledo su capital. El señor maestro estaba investigando los orígenes de varias familias de Alcorcón, entre ellas a los Blanco y los Godino con clara ascendencia germánica, en el nombre. Le había extrañado mucho que, en un documento de 1208 (que era una confirmación de otro de 1157), apareciese la "Iglesia de Ribota" (no existiría la aldea de La Ribota, en esa fecha, pues al estar haciendo la separación entre La Tierra de Segovia y La Tierra de Madrid, la habrían nombrado como hicieron con otras aldeas limítrofes de ambas Tierras); lo mismo ocurría con Alcorcón, se nombraba la Cañada de Alcorcón pero no la aldea de Alcorcón. Le extrañaba mucho que esa iglesia fuese construida poco antes de 1157 o 1208 pues, después de la conquista pacífica de Madrid por Alfonso VI, aproximadamente en 1085, esta zona fue atacada y arrasada varias veces por los musulmanes (incluso en 1197) y no se llegó a tener tranquilidad fuera de las murallas hasta 1212, fecha de la batalla de Las Navas de Tolosa.

El señor maestro creía, aunque no lo tenía muy seguro, que en la época de los visigodos se asentarían dos o tres familias (entre ellas los Blanco y los Godino) en la zona de La Ribota. Estarían aprovechando el tránsito de viajeros por las antiguas vías romanas que, sin reparar, poco a poco se transformaron en muy malos caminos. Vivirían de dar posada o comida y bebida a los pocos viajeros, de la agricultura y la ganadería; tendrían

asegurada el agua con la fuente La Vieja. En esa época construirían una pequeña iglesia, de tapial y adobes, para su servicio y que sería la iglesia de La Ribota. Esta iglesia daría servicio a otros godos diseminados por lo que después serían Móstoles, Fuenlabrada, Leganés, Villaviciosa, Boadilla (don Manuel había encontrado restos de esa época cerca de la ermita de San Babilés) y otras poblaciones, pues había encontrado el apellido Godino y Blanco en todas ellas.

- Bueno - dijo el maestro. Ya vale por hoy, ¡a casa a comer!.

- Ya era hora - dijeron por lo bajo algunos alumnos que ya estaban un poco atontados con las explicaciones.

Continúa Antonio recordando aquellos años de escuela y de lectura de los apuntes del libro "Aproximación a la Historia de Alcorcón".

Los MUSULMANES invaden España en el año 711. La conquista fue muy rápida y sin apenas resistencia. En esta zona de Alcorcón ya estaban en el 713; la "conquista" fue pacífica y por acuerdos. Los antiguos pobladores pagaban sus tributos a los nuevos señores musulmanes en vez de a sus señores anteriores; muchas veces los tributos eran menores y, además, les respetaban sus haciendas y su religión. En esta zona, si es que existieron esas dos o tres familias en La Ribota, seguirían con sus casas, sus ganados y su pequeña iglesia.

Los musulmanes fundan Madrid hacia el año 855, Calatalifa hacia el año 939 y crean una serie de torres vigía y de señales

desde la sierra madrileña hasta Toledo. El maestro que, como Antonio, había visto el pozo en la torre de la iglesia, creía que, para enviar señales visuales desde Madrid a Toledo pasando por Móstoles y Olmos, tendría que haber existido una torre de señales en Alcorcón, concretamente en la torre de la iglesia. Hay que tener en cuenta que Madrid está a 668 metros de altitud, Móstoles a 610 y Alcorcón, más alto, a 718. El señor maestro, había realizado una prueba casera para comprobar si, al menos, el Alcázar de Madrid y la torre de la iglesia de Móstoles estaban en línea recta con la torre de Alcorcón. Construyó una tabla base de tres cuartas de larga y una de ancha con dos laterales en los extremos en los que había hecho unos agujeros a la misma altura. Hizo varias tentativas y al final consiguió ver por uno de los extremos el Alcázar y por el otro la torre de la iglesia de Móstoles. ¡Estaban en línea recta con la torre de Alcorcón!

De todas formas, por mas que buscaba, no encontraba pruebas documentales o arqueológicas que lo demostrara; solo era la intuición y la lógica.

Lo que el señor maestro sí tenía claro (¿intuición?, ¿lógica?) era que NO existieron vecinos musulmanes durante esa época en Alcorcón; la tecnología alfarera de Alcorcón era totalmente distinta a los pueblos cercanos que sí contaron con población musulmana. La tecnología empleada se parecía más a la de la Tierra de Zamora y La Rioja.

Lo que sí había encontrado era una traducción de un escritor musulmán de aquella época, donde afirmaba que la tierra o el barro de Alcorcón se llevaba a vender a Madrid para su utilización por los alfareros madrileños.

Y aquí venía la gran pregunta, si el nombre "Alcorcón" era, claramente, de origen árabe ¿a qué lo habían aplicado?, ¿a la torre vigía? o al paraje ¿(como Las Cárcabas, La Arpada, El Ahijón, etc)? El maestro no tenía una respuesta pero estaba seguro que era a una de las dos y, desde luego, no a la aldea.

Antonio había preguntado de donde podía venir el nombre de Alcorcón. El señor maestro había comentado que, en las reuniones con sus amigos en Madrid se exponían varias teorías; entre las que más adeptos tenían eran las siguientes: 1ª.- Como casi todos los parajes de Alcorcón tienen origen romano como La Ribota, El Ahijón o Aijón, Las Correruelas, El Lucero, etc., el topónimo Alcorcón sería una voz híbrida mozárabe compuesto por el artículo *Al* y *corco* (que está en relación directa con el latín clásico *quercuus*) de estructura planamente romanizada y que, el final, *on*, representa un viejo sufijo diminutivo que vemos en ratón de rata, cordón de cuerda, etc.. 2ª.- Dado que los musulmanes y, aún, en Andalucía y algunas zonas de La Mancha a las torres y atalayas las llaman *Alcor*, añadiéndole el sufijo *on* (la altura de la torre, si existió, sería muy pequeña dada la altitud donde estaba situada) y con una *c* por una mayor facilidad de expresión, quedaría *Alcorcón*. Esta

era la teoría de la mayoría de los contertulios del señor maestro y de él mismo.

Y seguimos la historia en el tiempo. En 1085, el Rey Alfonso VI, conquista Toledo y su zona de influencia; también, pacíficamente. Es de suponer que, si existía alguna familia en La Ribota, seguirían sin mayores problemas.

Pero las dificultades llegan rápidamente con la entrada en España de otros pueblos mahometanos, muy radicalizados y con un odio total hacia los cristianos. Primero lo hicieron los almorávides, que ya estaban asentados en el Sur de la península, derrotando a Alfonso VI, en 1086, en Zalaca o Sagrazas y, en 1108, a Alfonso VII en Uclés y posteriormente los almohades que hicieron razias constantes por toda esta zona, llegando hasta 1196 (en 1195 derrotan a Alfonso VIII en Alarcos), saqueando todo lo que pudieron.

Es de suponer, decía el señor maestro, que de existir esas familias en La Ribota, tuvieran que buscar amparo en las murallas de Madrid o Calatalifa; ello no obstaba a que mantuvieran sus tierras, sus ganados, sus casas e incluso su pequeña iglesia pero buscando, con mucha frecuencia, el refugio de las murallas.

Y llegamos, ya era hora, a una etapa de estabilidad. Con la batalla de Las Navas en 1212, ganada a los musulmanes por el Rey Alfonso VIII y otros aliados, el dominio musulmán se alejó más allá del río Tajo y de Sierra Morena y, dada la

debilidad que tenían los musulmanes, con tantos reinos de Taifas que se peleaban entre ellos, llegó la hora de repoblar toda esta zona de Madrid.

Comenzaron a llegar, decía el maestro, pobladores de la zona del río Duero, de La Rioja y, por qué no, algún cristiano de la zona sometida a los musulmanes en la que ya no era seguro vivir; a estos cristianos que tenían costumbres árabes, se les llamaba *mozárabes*. Los repobladores se quedaban en propiedad de sus tierras y casas con solo un año de permanencia en las mismas.

En el año 1165, Alfonso VIII, concede el primer Fuero a Madrid.

Es de suponer que durante los siglos XII y XIII, continuasen llegando mas repobladores y, al no ser suficiente el agua de la fuente La Vieja, se fuesen asentando en la zona alta del cerro (al lado de la torre, si existió) donde había una veta de agua a la que se podía llegar a muy pocos metros de profundidad.

Entre 1137 y 1345, el señor maestro, no había encontrado documentos en los que apareciese Alcorcón como aldea. Pudo ser un paraje como el que se cita en 1202 como Cañada de Alcorcón.

En el SIGLO XIV, ya empiezan a aparecer documentos que indican la actividad vecinal de Alcorcón: una cesión de terrenos en La Ribota y, lo mas importante, la concesión de Alcorcón, en calidad de Señorío, a don Pedro de Mendoza (un

señorío implicaba vasallos y por lo tanto vecinos en la zona). Esta situación de Señorío, por suerte para Alcorcón, duró muy pocos años y volvió, como aldea de realengo a la Tierra de Madrid.

Hasta que en 1346, Alfonso XI nombra los doce regidores del concejo madrileño, la ciudad se regía asambleariamente siguiendo lo preceptuado por el Fuero. En 1379-80 se fijaron las primeras Ordenanzas. En 1396, Enrique III, crea la figura del Corregidor.

Es en el SIGLO XV, donde comienzan a aparecer gran cantidad de documentos sobre Alcorcón y queda documentado como aldea. En 1410 aparece un procurador de Alcorcón. En 1427, en una Visita Pastoral, se documenta la "ermita de San Antón de Ribota" (antes iglesia de Ribota y después ermita de Santo Domingo) y la iglesia de Alcorcón que tenía tres altares, con una casa del señor cura ya deteriorada lo que indica que había sido construida varios años antes. En 1442 se cobraba, en Alcorcón, el portazgo del ganado que pasaba por el ramal de la cañada Real Segoviana que bajaba desde Manzanares el Real, Pozuelo, Alcorcón, Móstoles y tierras de Escalona, donde volvía a unirse con el otro ramal de la cañada.

En los concejos de Madrid, aparecen nombres de vecinos de Alcorcón y pleitos entre concejos: en 1481 aparece el primer vecino de Alcorcón, el *hombre bueno* Pero González Vasallo (posiblemente procediese de la Tierra de Zamora, en el Reino

de León); en 1482 *Joan* de Torres y, ya aparece, el concejo de Alcorcón; en 1487 Juan Cambrizo y en 1488 aparecen los primeros alcaldes de Alcorcón, Martín Blanco y Alfonso Curçeto.

En 1482 el concejo de Alcorcón hace una "*derrama de pan e vino para el Real donde el Rey nuestro señor estouiese en la vega de los moros ...* " En 1483, aporta para la guerra de Granada, dos peones con seis bestias mas otro peón con una pala y un hacha. En 1484 cuatro bestias y un peón más 150 maravedís. En 1486 tres ballesteros y 7.900 ms. En 1488 otros 7.900ms.

En 1499 se definen los lindes entre Boadilla y Alcorcón.

La alfarería se transforma en la principal actividad de los vecinos de Alcorcón; aún se sigue vendiendo "barro", es decir tierra procedente de Alcorcón para los alfareros de Madrid y todavía no se utilizaba el vidriado en los elementos alfareros de Alcorcón.

Como curiosidad indicar que en 1488, por causa de la peste, se reúne el Concejo de Madrid en ¡Alcorcón!.

En el SIGLO XVI, sigue incrementándose la actividad alfarera de Alcorcón y su venta en Madrid y otras ciudades; aún, siguen "los cacharros" sin vidriar. Por otra parte, es en este siglo cuando los nobles, vecinos de Alcorcón (los Bergara, Atienza, Peñalara, Vega, Ortiz y otros), comienzan a reclamar sus títulos de hidalguía.

Aparecen moriscos (musulmanes convertidos al cristianismo) en Alcorcón, procedentes de la deportación realizada como consecuencia del levantamiento de Granada.

Como muy importante, indicar que en abril de 1500 se aprobó, por el concejo de Madrid, la concesión de una dehesa a Alcorcón.

En 1500, Alcorcón, aporta en dinero el equivalente a 30 peones ... para el Rey. En 1503, aporta, 5 fanegas de trigo.

En 1543, el concejo de Alcorcón, presenta una carta al Rey Felipe II, solicitando licencia para labrar tierras en sus baldíos, concretamente *"a la cárcava junto a la dehesa nueva que va a dar a Romanyllos"* (esa dehesa es probablemente la que le concede el concejo de Madrid el 10 de abril de 1500). El resto de los pueblos se oponen.

En 1562, Blas Montero, en representación de Alcorcón, vuelve a solicitar el labrar tierras en Bramuro (situado en el límite de Romanillos y Boadilla) y Niares (junto a la dehesa Boyal). El resto de los pueblos vuelven a oponerse.

Entre 1543 y 1562, la población de Alcorcón disminuye en 50 vecinos (entre 200 y 250 habitantes).

Se confirma que la estructura del templo actual es anterior a 1576.

En 1588, la Sala de Alcaldes de Madrid, confirió a Alcorcón el monopolio de los cántaros utilizados por los aguadores de Madrid.

A finales del SIGLO XVII, comienza el vidriado de los productos alfareros de Alcorcón, con lo que se incrementa el número de vecinos dedicados a la fabricación, venta y distribución de la buena alfarería de Alcorcón.

En 1607 la Sala de Alcaldes de Madrid prohíbe a los alcorconeros usar intermediarios y les obliga a transportar el vidrio y venderlo ellos mismos; se repite en 1610, 1613 y 1650. Es en este siglo y siguiente cuando en Alcorcón se generaliza el vidriado, convirtiéndose sus productos en tremendamente tóxicos a causa del poco poder calorífico de las retamas.

Dos hechos que hicieron salir al pueblo de su vida tranquila fueron los siguientes:

Estando en Casarrubios del Monte, S.M. el Rey Felipe III, en el año 1619, sufrió unas calenturas y pidió le trajeran las reliquias de San Isidro. Al volver estas reliquias a Madrid quedaron, por la noche, en la iglesia del pueblo y fueron visitadas por los vecinos.

Otro hecho, en 1647, fue la estancia en Alcorcón del Rey Felipe IV, por unas horas, con motivo de despedirse de su hijo natural Don Juan de Austria (hijo del Rey y de Josefa Calderon "La Calderona"). El señor maestro, creía que, en la hora escasa que estuvieron en el pueblo, se alojarían en "la casa grande" pues era la única que tenía dos plantas y estaba construida, en parte, de ladrillo.

En 1659 constan escrituras con poderes otorgados, por vecinos de Alcorcón, a favor de vecinos de Zamora y Toro para comprar carne.

En 1668, el pintor Carreño de Miranda, pintó para la iglesia de Alcorcón un lienzo con Santa María la Blanca, representando su Asunción.

Y, el SIGLO XVIII, en el que estamos, ya lo conocéis por las explicaciones de vuestros abuelos y personas mayores del pueblo.

Quizás comentar: 1º.- Que el retablo de la iglesia se terminó en 1743 realizado por el tallista Joseph Mollor, ayudado por el arquitecto Miguel de Irazusta; fue dorado por Próspero de Mortola. Costó, todo, 18.000 reales al contado y 55.000 más pagaderos en diez años. 2º.- Aparece uno de los primeros "periódicos" de Madrid, llamado **Diario noticioso, curioso, erudito y comercial público y económico**, y que contiene anuncios sobre vecinos de Alcorcón.

Hablando, hablando, ya habían llegado a la Plaza Pública.

- Carpetanos, cartagineses, romanos, visigodos, mahometanos, gentes del Duero, riojanos, mozárabes, moriscos,.... . ¡Pues vaya una mezcla de pueblos y culturas que tenemos en Alcorcón! - sentenció Antonio.

Visita a Madrid.

La primera visita que Antonio realizó a Madrid, fue cuando tenía alrededor de nueve años. Su padre había contratado con un alfarero del pueblo el llevar una carga de “cacharros” a Madrid para entregar en una tienda cerca de la Plaza Mayor. Como era una época sin escuela y el abastecer de agua lo podía hacer por la tarde o al día siguiente pues no era urgente, su padre le preguntó si quería acompañarle. El muchacho, loco de alegría, enseguida le dijo que sí y se pasó el resto del día y parte de la noche nervioso y soñando con lo que se encontraría en aquella gran ciudad donde vivían los Reyes. Se lo contó a todos sus amigos y pensó en su amigo Manuel, el aprendiz de sastre que vivía en Madrid; cuando éste viniera por Alcorcón, le preguntaría donde vivía por si iba otra vez a Madrid.

Partieron muy de mañana, apenas se veía el sol naciente. Salieron por la calle que iba a Madrid y que era el Camino Real; pronto se les unieron otros vecinos que, también, iban a Madrid. Antonio, recordando las calzadas romanas de losas de piedra que les había explicado el señor maestro, pronto se encontró con una realidad de polvo, hoyos y roderas profundas de carros. Fue toda una decepción.

Siguieron caminando, pues iban a pie, llevando al burro con la carga de las riendas. Pasaron lo que llamaban las Ventas de Alcorcón; un poco lejos de Alcorcón, según Antonio, por lo que le extrañó el nombre; a poca distancia llegaron a una zona

donde se divisaba Madrid. ¡MADRID!. ¡La gran ciudad!, de la que tanto había oído hablar a su padre, a los vecinos y sobre todo a su amigo Manuel, el que estaba de aprendiz en la gran ciudad.

La visión le quedo boquiabierto, miraba y miraba y no entendía como podía haber una ciudad tan grande. La vista era fantástica. Comenzaba a la izquierda con el Palacio Real y sus jardines – palacio que estaban reconstruyendo pues el antiguo se había quemado unos 20 años antes (según le dijo su padre) -, seguía una cerca que parecía rodeaba toda la ciudad, aunque se veían algunas casas dispersas fuera de la misma; se veía el puente de Segovia y el puente de Toledo, después, al fondo a la derecha estaba lo que se llamaba Tocha, según lo que su padre le iba explicando.

Lo que más le admiraba, aparte de la cantidad de casas, eran los muchos campanarios que sobresalían.

Bajaron una gran cuesta y cruzaron el río Manzanares por el puente de Segovia. El río le pareció menos caudaloso que el Guadarrama, por el que había estado varias veces en sus correrías con los amigos.

Siguieron por la calle Segovia hacia la Plaza Mayor, las casas eran pequeñas, de no más de dos pisos, mal trazadas y poco sólidas, donde la madera y el barro eran casi el único material empleado; de vez en cuando aparecía alguna casa mucho mayor y hecha de piedra que, le decía su padre, era de algún

noble. Lo que si se veían eran iglesias y conventos. Las calles que daban a la que ellos iban, eran estrechas, polvorientas y llenas de basura a las puertas de las casas; se veían algunas plazuelas, sombrías y de forma irregular.

Cuando iban caminando Antonio se llevó un buen susto. De repente oyó “agua va” y cayó desde una ventana un montón de agua sucia; menos mal que su padre le retiró a tiempo si no queda empapado y oliendo mal, bueno algo peor de lo que ya olía por el sudor y el polvo del camino.

Antonio no entendía muy bien eso de que tiraran la basura a la calle y, aunque su padre le había dicho que por la mañana unos carros la recogían, le parecía un despilfarro. En su casa y en casi todas las del pueblo, la basura que se producía tanto por parte de la casa como de los animales, la acumulaban en un rincón del corral y, ese estiércol necesario para la recuperación de las tierras, su padre lo cambiaba por paja.

Ese recuerdo de estiércol y paja le traía a la memoria lo mal que lo pasaba cuando ayudaba a su padre a sacar el estiércol o meter la paja. Como no tenían una puerta directa del corral a la calle, el estiércol lo sacaban con una carretilla a través del largo pasillo de la casa y lo acumulaban en la calle; después, venían los vecinos y lo llevaban para esparcirlo por sus tierras. Lo de meter la paja era peor pues como pesaba poco le tocaba todo a él; lo que peor llevaba era apisonarla en el pajar pues, a pesar

de que se tapaba la boca con un pañuelo, siempre terminaba tragando mucho polvillo.

Volvemos a Madrid. Tardaron poco en llegar a la tienda y descargar todo lo que llevaban en un almacén interior. A Antonio le extrañó no ver "cacharros" puestos a la venta en la tienda; su padre le explicó que los "cacharros" de Alcorcón solo los podían vender, los que los hacían o sus familiares, en la plazuela de San Esteban; el tío Francisco (así se llamaba el vecino que les encargó el porte), lo utilizaba como almacén y, cuando el venía a vender los "cacharros" a Madrid, si se le terminaban iba reponiendo de ese almacén.

Finalizada la descarga, volvieron para Alcorcón sin más cosas notables que la parada que hicieron en "Las Ventas de Alcorcón" para dar de beber al burro, su padre tomar un jarro de vino y él de agua acompañado con chorizo y pan que traían.

El borrico y el perro.

Eran sus dos acompañantes habituales. El borrico era alto, grande y negro; lo llamaban Macario. Antonio no sabía por qué. Su padre se lo había comprado a un trajinante del reino de León y, decían, era de raza zamorana.

Era un burro muy noble y obediente; siempre seguía a Antonio sin necesidad de riendas. Antonio le hablaba y, como le ocurría con la perrita, parecía que le entendía.

La perrita era un encanto. Tenía un pelo color canela y la llamaban Tula. Era muy juguetona; Antonio jugaba con ella a torear, cogía un trapo y la perrita intentaba cogerlo. Era ya muy viejecita y toda la familia la quería mucho.

Unos años atrás, su padre, viéndola tan vieja y no queriendo matarla, se la dio a un trajinante de Extremadura. Según le contaron después, la llevó atada a una caballería hasta Badajoz y allí la soltó. Cual no sería la sorpresa de la familia de Antonio y sobre todo la alegría de él cuando, dos meses después, volvió a aparecer por la casa.

Ya era de la familia y no volvieron a hacer nada contra ella. Allí seguiría hasta que muriese. La verdad es que era la alegría de la casa.

El botijo y la brújula.

Antonio tenía un pequeño botijo que, siempre que iba con su burro y no llevasen carga de agua, lo llevaba con él.

El botijo no era como los de esta tierra. Su padre se lo había cambiado a un comerciante; este comerciante le había dicho que el botijo era de Moveros, provincia de Zamora del reino de León, y que mantenía el agua muy fresca, lo que era verdad. Su color era marrón muy claro con vetas casi amarillas y el barro como esponjoso; era pequeño y tenía de asa una especie de aro bastante grande.

A Antonio siempre le había asombrado el frescor del agua del botijo, aún expuesto a los mayores calores. El señor maestro se lo había explicado: el agua que contiene el botijo empapa el barro poroso y, al salir al exterior, se evapora haciendo bajar la temperatura del botijo y del agua interior; cuanto más expuesto esté el botijo a los rayos solares más agua se evapora y más fresca está el agua.

Pues bien, un día de junio en el que apretaba el calor, venía de Leganés de entregar una carga de retama; venía sudando y cansado. Se dirigió hacia un único árbol que existía un poco apartado del camino y situado en una pendiente; ató el asno a la sombra y el se dispuso a cumplir una de sus grandes ilusiones, beber, beber y beber agua del botijo y a la vez ir expulsándola.

Sujetó el botijo por el aro del asa, con una cuerda, a una rama del árbol; por el "pitorro" pequeño ató otra cuerda y se sentó, bastante inclinado por el terreno, a la sombra del árbol. Así, medio acostado, tiraba de la cuerda atada al "pitorro" y, aunque parte del agua caía fuera de la boca, quedó tranquilamente bebiendo, bebiendo y bebiendo; casi inmediatamente empezó a expulsar el líquido.

¡Que gozada!, decía; y así cumplió uno de sus mayores deseos de fantasía.

Una vez que había descansado y "saciado" su sed llenó un hoyo, que había en una piedra grande, con el resto del agua

para que bebiera su querido burrito; cuando hubo finalizado, reanudó el camino hacia su casa.

Otra de las cosas que llevaba consigo era "una brújula" (cuando se la dejaba Carlos) y que la habían conseguido de una forma muy curiosa, "milagrosa" decía Carlos.

Una tarde venía Antonio por el camino Real de Extremadura con una carga de agua de la fuente La Vieja. Se había cruzado, a la ida, con un carromato que transportaba muebles y diversos enseres en dirección a Madrid; ahora a la vuelta, parecía que había volcado pues estaban terminando de recoger cosas del suelo y alrededores. Antonio, muy amablemente, se ofreció a ayudarles y ellos, agradeciéndoselo, le dijeron que ya habían recogido todo lo volcado y estaban preparados para continuar el camino.

Al día siguiente, domingo, después de misa, estaban todos los amigos decidiendo lo que harían hasta la hora de la comida. Carlos, que sabía lo del vuelco del carromato por haberlo contado Antonio, propuso ir a dar un paseo hasta el lugar del accidente a ver si encontraban alguna cosa; en todo caso siempre tendrían una huerta para ver algo de comer.

Como no tenían otra cosa que hacer, aceptaron todos y se pusieron en camino charlando de sus temas.

Al llegar al lugar del suceso, donde aún se notaban las señales del vuelco, se repartieron a ver que encontraban. Alfonso encontró una cuchara pequeña de madera, Damián una especie

de palmatoria y Carlos, que se había ido más lejos, apareció con una especie de caja redonda que había encontrado entre unos arbustos; parece que al volcar fue rodando y quedó escondida entre las hierbas y retamas. Abrieron la caja, que no tenía llave aunque sí cerradura sin echar, y se encontraron con algo que algunos reconocieron (los que iban a la escuela) pues el señor maestro se lo había explicado pocos días antes. ¡Era una brújula de marino! y parecía que no tenía nada roto.

A partir de ese momento, Carlos, la utilizaría siempre en sus excursiones.

El aguador.

Era un febrero, frío y lluvioso, Antonio, subido a su borrico, se frotaba las manos e intentaba taparse con su vieja manta; era aguador, a veces, y llevaba una carga de agua al pueblo. ¡Su pueblo!. ¡Alcorcón!. Muchas veces iba cantando y al final de la canción, siempre, decía: ¡Y viva Alcorcón que es mi pueblo!.

Se acordaba que, con menos edad, cuando iba andando con dos cántaros, para no tener que ir con los brazos extendidos soportando el peso del agua a pulso, ponía unas tablas que formaban un cuadrado a su alrededor y, allí, apoyaba los cántaros.

Desde muy pequeño quería ayudar a su padre en el acarreo de agua. Él no podía con los cántaros. Pero era listo el muchacho. Con unas aguaderas del borrico muy viejas y rotas por los años

de utilización y que, cuando su padre las compro ya eran viejas, las fue arreglando a su manera. Fue remendando todos los rotos y en especial los fondos donde apoyaban los cántaros; después, fue descosiendo los cuatro serones (huecos donde se colocaban los cántaros) hasta, casi, la base de apoyo del cántaro. Con ello, atándolos y cosiéndolos bien de forma individual, tenía cuatro serones que podían voltearse.

Se las arregló para hacer unas poleas. Con una rueda pequeña y vieja que tenía, le faltaban dos radios y estaba torcida pero, para lo que él quería le valía; solo tuvo que ponerle, bien sujetas, dos tablas redondas que él hizo para que sirvieran de guía. Una polea de madera que encontró, rota en una parte y casi abierta a lo largo; fue donde el herrero, el tío Leoncio, que como Antonio le ayudaba en algunos recados, no tuvo inconveniente en ponerle unos buenos clavos. Las otras dos las hizo Antonio utilizando unas tablas viejas que cogía de una casa en ruinas; hizo unos círculos pequeños y otros un poco más grandes que, bien clavados y con un agujero en el centro, le servían perfectamente para las otras dos poleas.

El conjunto de las cuatro poleas, bien atadas, las sujetó a la parte superior de la albarda del burro, cada una en la dirección de un cántaro.

Cuando tenía que ir a por agua, su madre le ayudaba a subir los cántaros a las aguaderas y las sujetaba bien con unas cuerdas, cada una de forma independiente; ataba cada cántaro,

por el cuello, con unas cuerdas gruesas que tenía preparadas, las pasaba por las poleas y las ataba. Ya estaba el invento dispuesto para el trabajo.

Cuando iba a las fuentes a por agua, llevaba un puchero un poco roto en los bordes; al llegar, puchero a puchero y subiéndose en una piedra, iba llenando cada uno de los cántaros. Al llegar a su destino el vaciarlos era fácil; iba soltando una a una las cuerdas que pasaban por las poleas y el cántaro se vaciaba en el recipiente que le indicaran. Algunas veces tenía problemas, por que el burrito se movía y perdía algo de agua, pero eran las menos pues el burrito era muy manso. ¡Listo el muchacho!, decían los vecinos.

Dependiendo de la situación de las casas de los vecinos a los que tenía que servir agua iba a distintas fuentes. Si estaban en la zona de la Plazuela de la Fragua o hacia el sur de la Iglesia, iba a La Vieja, la fuente que estaba hacia las huertas de Móstoles, al final de la Ribota y al lado de la ermita de Santo Domingo; si servía a la zona de la Plaza Pública y norte de la Iglesia, iba a La Canaleja, que estaba por el camino de Carabanchel y, si servía a la zona Este del pueblo, iba a la fuente del camino de Torrejón.

Su padre tenía un sistema (muy corriente en aquella época) que consistía en unas "tarjas"; éstas eran unas tablillas de, aproximadamente, cuarta y media de largo por dos dedos de alta y muy finas, con el nombre de cada vecino al que

suministraba el agua. A cada cliente les daba una tablilla igual y, cuando llevaban una carga de agua (4 cántaros), unían las dos tablillas y hacían una muesca en uve. Normalmente se hacían cuentas y se pagaba en género (trigo, cebada, etc..) en el mes de septiembre, cuando se había recogido la cosecha; también había otros vecinos (pocos: el médico, el cura, el escribano y algún otro) que, cada cierto tiempo, le pagaban en dinero.

El monaguillo.

Después de tomar la Comunión, ya fue monaguillo "fijo"; antes solo ayudaba en pequeñas cosas en la sacristía, pero no ayudaba a misa.

Pero sobre todo, lo que más le alegraba era cuando había que hacer hostias. Tomando como base unas grandes obleas, que el cura compraba a unas monjas de Madrid, y utilizando unos aparatos hacía las hostias pequeñas para comulgar los feligreses y las grandes que utilizaba el sacerdote. Estos aparatos, que venían de otros curas y pertenecían a la parroquia, consistían básicamente en una base con un agujero (grande para las hostias del sacerdote y pequeño para las de los feligreses) y haciendo bisagra un macizo redondo que encajaba perfectamente en los agujeros; solo tenía que ir poniendo las obleas y, aprovechándolas al máximo, presionar e iban saliendo las hostias por la parte inferior. Muy importante para él eran los

recortes que quedaban (pan de ángel, decían) que después se comía o repartía con sus amigos.

Otra cosa que le gustaba era tocar las campanas. No el tocar a difuntos ¡tan!, ¡tan!, todo muy lentamente, sino "repicar las campanas".

Repicar las campanas, que el sacristán hacía muy bien, era tocar muy rápido dos veces con la derecha y una con la izquierda ¡tan!, ¡tan!, ¡tan!, todo muy rápido. Se repicaba los días de fiesta o en grandes acontecimientos.

De esta época recuerda una anécdota muy curiosa. Es la siguiente:

El señor cura le había pedido, a Antonio, limpiar un poco los confesionarios y algunas zonas de la iglesia; lo que comenzó a hacer lo mejor que podía.

En eso estaba, limpiando por dentro un confesionario, cuando escucho una voz que decía "Ave María Purísima"; Antonio, desconcertado, contesto casi automáticamente "sin pecado concebida". Resulta que venía a confesarse, creyendo que allí estaba el cura, una moza del pueblo; Antonio, con mucho miedo, estaba callado y la moza venga a contarle sus malos actos, sobre todo los que tenía con un mozo del pueblo. La moza, después de un rato de hablar y, al ver que nadie le decía nada, se extrañó y fue a asomarse al confesionario. La sorpresa fue mayúscula al ver a Antonio dentro; comenzó por darle mamporros en la cabeza y se fue a buscar al señor cura al que

contó lo que le había ocurrido. A Antonio le cayeron otra ración de mamporros, esta vez del señor cura, por mucho que decía que él no tenía culpa pues solo estaba limpiando el confesionario como le habían pedido.

Al final no todo le salió mal pues la moza, para que Antonio no contara nada, cada vez que se encontraba con él, le daba algunas monedas o dulces.

¡No hay mal que por bien no venga!

La visita Apostólica.

Era un domingo del mes de octubre, con sol pero con frío, del año 1760. Esperaban la Visita del Vicario General de la Diócesis de Toledo, "ayudante" del Ilustrísimo y Reverendísimo Arzobispo de Toledo, Cardenal Primado de las Españas.

A Antonio, le había llamado el señor cura pues, aunque ya no era monaguillo, le pidió que le ayudase en la preparación de la Visita e hiciera unos pequeños arreglos en la casa parroquial y en la Iglesia.

Durante casi dos semanas, sin dejar el suministro de agua a sus clientes habituales, limpió y ordenó los altares, las imágenes, el confesionario y los pocos bancos que había pues casi todo eran sillas y reclinatorios pertenecientes a los fieles. En casa del cura ayudó a su ama a limpiar la casa y preparar la habitación donde dormiría el señor Vicario (el resto del séquito

iría a casas particulares), el despacho del señor cura, ordenando sus papeles y sobre todo preparar la mesa con dulces y algunas botellas de licores para el agasajo que realizarían al señor Vicario, sus acompañantes, alcaldes, regidores y algunos de los principales personajes del pueblo; también le ayudo a preparar el comedor (tuvieron que pedir sillas, vajilla y cubertería a otras personas del pueblo), donde se realizarían la comida, merienda, cena y desayuno (éste al día siguiente de la visita) del señor Vicario y sus acompañantes principales (llevaba dos secretarios); los dos criados comían en la cocina.

El domingo, una hora antes de la misa, ya estaba la calle Grande y los alrededores de la Iglesia llena de vecinos, todos con sus mejores ropas. Un mozo del pueblo, con un caballo, salió hacia el camino de Móstoles para avisar de la llegada de la comitiva. Después de un buen rato, volvió diciendo que los viajeros se encontraban cerca. Comenzaron a repicar las campanas y salió la comitiva de recepción: un monaguillo con la cruz alzada, le seguía el señor cura revestido con los ornamentos sagrados y acompañado por dos monaguillos, también revestidos; a continuación los alcaldes y regidores, les seguían el alguacil y personas influyentes del pueblo y, después, el resto del pueblo.

Un poco después de la plaza de la Fragua, ya en el camino de Móstoles, se realizó la recepción. Venía el señor Vicario con un secretario y un escribano, todos sobre mulas, y dos criados a

las riendas de una mula y un burro de gran alzada que cargaban los equipajes; éste último, de esos que llaman "zamoranos" (son grandes y fuertes). Fueron recibidos con aplausos y, a continuación, bajaron los viajeros; saludados con un abrazo por el señor cura fueron presentados, por éste, a los alcaldes, regidores y personas importantes. Seguidamente, en procesión, fueron hacia la Iglesia.

Antonio, con los dos criados y las caballerías, fueron a los lugares asignados para su asentamiento; ésta era su misión.

Una vez en la Iglesia se celebró la Santa Misa, concelebrada por los tres sacerdotes; fue cantada y muy solemne.

Finalizada la misa, los tres sacerdotes, el escribano, las autoridades y algunas personas importantes fueron hasta la casa parroquial donde fueron obsequiados con unos dulces y algún vaso de licor. Antonio estaba para servirles y, al final, también cató lo que les había servido, junto con el ama y los dos criados.

Ya solos, los tres sacerdotes y el escribano, comenzaron a analizar los distintos libros parroquiales.

La comida, ya sólo para los tres sacerdotes y el escribano, fue servida por Antonio y uno de los criados (el otro criado fue a dar de comer y beber a las caballerías). Se sirvió de primero una sopa de gallina muy fuerte, casi espesa que, parece que fue del agrado de todos; a continuación siguieron las gallinas (cocidas para la sopa), acompañadas de dos conejos y un pollo

fritos. Se terminó con unos dulces y, finalmente, ya en el despacho parroquial, se sirvieron licores, quedando allí las botellas. Este momento fue el aprovechado por Antonio, el ama y los criados para comer y "llenar el estómago de buen año" (como normalmente se decía).

Por la tarde estuvieron mirando libros y visitando la Iglesia; Antonio no estuvo presente en estos actos. En lo que sí estuvo, con el ama, fue preparando un buen chocolate y picatostes (trozos de pan alargados en forma de cuadrado que estaban fritos en manteca blanca).

Al atardecer cuando los visitantes volvieron de sus quehaceres, ya estaba preparada la merienda con el chocolate muy caliente. Dicen, aunque Antonio no lo oyó, que al ofrecerle comenzase primero la máxima autoridad diciendo "usted primero señor Vicario", se quemó todo el paladar y parece que susurro "los pocos que somos y la mala uva que tenemos"; en todo caso dieron muy buena cuenta de la merienda. Antonio estuvo temiendo no poder darse él la gran panzada; al final sobró para todos pero porque por precaución habían hecho mucho.

Al día siguiente por la mañana, tomaron de desayuno unos dulces acompañados por una copita de licor y fueron acompañados por el cura y las autoridades hasta la salida del pueblo hacia el camino de Leganés donde hacían Visita.

"El Nacimiento".

El cura le había dicho que un fraile que había venido de Italia había contado que allí hacían unas pequeñas figuras de barro que representaban a los diversos personajes que existieron en el Nacimiento del Señor, y las ponían formando una representación de ése gran momento. Con lo que había captado de esta historia Antonio, se propuso hacer en su casa una reproducción del gran acontecimiento del Nacimiento de Jesús.

En la cocina, a la izquierda del fuego, existía una zona de ladrillo que cubría una especie de armario; allí, después de rogar mucho a su madre, decidió que intentaría la recreación del Nacimiento.

Se lo comentó a su amigo Carlos y éste se apuntó, muy ilusionado, a la idea.

Recogieron trozos de hierba con su tierra (si encontraban musgo lo preferían pues era mas fino) que sacaban del suelo de las eras, valiéndose de una paleta y un cuchillo con el que cortaban trozos cuadrados que, después, iban extendiendo sobre la plataforma de la cocina; al final les quedo una zona de hierba y musgo de cinco pies y medio por tres pies y medio.

Con el barro "de canutillo" que se recogía en La Ribota y era muy buena arcilla para hacer figuras (con ella hacían las bolas para jugar), fueron haciendo caballos, reyes, pastores, la Virgen, San José, la mula, el buey, aguadores y otras figuras. Las patas de los caballos eran muy difícil de hacer, pues al ser

muy finas se le rompían; para ello pinchaban unos palitos en el cuerpo de los animales y los recubrían de barro con lo que conseguían que se sostuvieran. Las figuras, lógicamente, eran muy bastas aunque intentaban hacerles los ojos y la boca. En todo caso, para ellos eran una obra de arte.

Tenían que hacer el castillo del rey Herodes, esto era mas difícil, así que cogieron un cuenco, un poco mas grande que un tazón que estaba roto faltándole un trozo lateral, lo pusieron boca abajo y ya estaba el castillo pues lo roto hacía de puerta.

El portal de Belén lo hicieron con dos piedras en los laterales y un trozo de tabla vieja como techo; todo ello lo recubrieron con musgo y tierra, dando la impresión de una cueva. En su parte superior pusieron una vela que la encendían en momentos especiales.

Para el río, habían dejado un hueco entre los trozos de hierba y musgo y en él, pusieron una especie de cuenco alargado con los bordes muy bajos y realizado con arcilla, recubrieron con musgo los bordes para que no se vieran, lo rellenaron con un poco de agua y, ¡ya tenían su río!. También hicieron una especie de patos que los pintaron de blanco con cal; al meterlos en el agua se les iba la cal por lo que decidieron ponerlos en la hierba de las orillas. Con un trozo de tabla, poniendo arcilla encima y realizando los laterales en forma de U, hicieron el puente con sus barandillas; quedaron muy contentos con ese puente.

El Niño Jesús se les había roto dos veces pues era muy pequeño y, por otro lado, no tenían muy claro si sería pecado eso de hacer al Niño Dios. Por ello como tenían un silbato que habían hecho una de las veces que habían ido a la laguna de María Pascuala en Polvoranca, donde crecían unas ramas, no sabían muy bien de que clase de árbol serían pero, cuando estaban muy verdes, se cortaban en trozos y en ellos, se hacía una hendidura en forma de V para hacer el agujero del silbato, después se sacaba el interior simplemente empujándola; quedaba una funda verde muy bonita y el trozo interior, al que hacían una rebaja hasta el corte en uve; volvían a introducir el trozo en la funda y, ¡ya estaba el silbato!. Como les parecía muy bonito y el corte en uve parecía la boca, lo pusieron de Niño Jesús tapándole, eso sí, con un trozo de tela blanca.

Con una rama pequeña hicieron un árbol; encima pusieron un ángel que habían hecho con arcilla y pintado de blanco con cal, vistiéndolo con un trapo blanco. Debajo estaban tres pastores con su "puchero de Alcorcón" en el centro y encima de un "fuego" realizado con pequeños palos.

Entre la cueva del Nacimiento y "el castillo de Herodes" (el tazón roto) hicieron, con tablas, una casa simulando un pueblo. Delante pusieron un carro cargado de sacos "de harina"; en el carro se esmeraron y con pequeñas maderas hicieron una miniatura muy conseguida. Encima del carro y a su lado

pusieron unos sacos; estaban hechos con tela blanca (y cosidos ¡eh!) rellenos de paja.

Las figuras eran toscas, los caminos los habían hecho con tierra, las montañas con piedras pero ellos estaban contentos y felices. Fue a verlo el señor cura, se rió mucho y alabó la imaginación que tenía Antonio; después impartió su bendición al "nacimiento".

Todos sus amigos y amigas fueron a verlo; había comentarios para todos los gustos aunque a la mayoría les gustó mucho. En todo caso ellos estaban orgullosos y felices con su trabajo.

"Las niñas".

Su amigo Carlos, tenía cinco hermanas. Dos bastante mayores y tres niñas a las que Antonio tenía un aprecio especial. La mayor, que era más o menos de su edad, posiblemente un poco mas joven, se llamaba María de la Natividad; era guapita, bastante presumida, se creía muy valiente y, sobre todo, quería celebrar todos sus santos y cumpleaños. Nos explicamos: como se llamaba María de la Natividad, no sabía muy bien si era "Natividad de la Virgen" (8 de septiembre), "Natividad del Señor" (25 de diciembre) o "Natividad de San Juan Bautista" (24 de junio) (María había mirado en el libro de misas de su madre) y un mes antes de que llegase alguna de los días anteriores le recordaba a todo el mundo que iba a ser su santo. En Navidad, por ser fecha de celebración, siempre le caían

algunos dulces y vestidos que sus hermanas mayores, aprovechando otras de ellas, le hacían. En las otras dos fiestas de la Natividad, aunque solo fuese por quitársela de encima, por lo pesada que era con el tema, sus hermanas le hacían alguna muñeca de trapo. El cumpleaños era lo que no pasaba; sus hermanas, ya mayores, le decían que las mujeres no cumplían años y como mucho le daban algún dulce.

Como se creía muy valiente, y más o menos cuando tenía ocho años, ella y sus amigas comenzaron a provocar a una vaca mal encarada que venía con un rebaño, con destino al consumo de la capital, por el camino de Extremadura. La vaca, que tenía malas pulgas, empezó a trotar hacia ellas; María de la Natividad y sus amigas salieron corriendo, con el miedo en el cuerpo, y consiguieron llegar a una tapia de un corral abandonado que estaba medio caída. Los adobes de la pared hacían una especie de escalera y arriba terminaba en una gran piedra en la que, ellas, se creían seguras. La vaca al ver que se les escapaban comenzó a cornear, dando saltos, y la piedra donde estaban no hacía mas que moverse. Esta vez Antonio y sus amigos se rieron con ganas. Cuando la vaca se cansó y se incorporó a su manada, ellas salieron corriendo para sus casas y los chicos se acercaron a ver el lugar. La piedra estaba mojada por varios sitios. Aún se rieron más.

Otra vez - recuerda Antonio -, iba con el borrico a cargar agua en la fuente Vieja y se encontró a María de la Natividad que

iba a llevarle el almuerzo a sus hermanas; éstas estaban trabajando en una huerta, donde llamaban "las huertas de Móstoles". María de la Natividad, que aparte de creerse muy valiente era, eso sí, un poco atrevida o mejor dicho muy atrevida, le pidió que como iban en el mismo camino y el borrico iba de vacío pudiera subirse en él. Un poco por complacerla y otro mucho por ver si le veía las piernas o algo más, aceptó y le ayudo a subirse en el borrico; la niña era muy lista y Antonio no consiguió ver nada; ella iba muy contenta cantando a todo pulmón. El pobre burro, al intentar subir por un pequeño rebanzón (pequeño montículo de tierra), tropezó y casi se cae; la que sí se cayó de bruces fue María.

Esto si que no era para reír, parecía que tenía el brazo izquierdo roto entre el hombro y el codo; Antonio dio inmediatamente la vuelta hacia el pueblo y fueron a casa del médico. Éste, junto al cirujano al que llamó, le entablillaron y vendaron el brazo. El susto fue grande y tuvo el brazo en cabestrillo varios meses; aún así, le quedó una marca que, según el médico, le quedaría para toda la vida y tendría pequeñas molestias con los cambios de tiempo. Eso sí, al almuerzo no le pasó nada, pues Antonio tuvo la precaución de llevarlo con él.

Muchos meses después del accidente, en uno de los últimos días de septiembre, Antonio estaba con sus amigos (Carlos, no había podido venir) camino de las huertas de Móstoles, a ver si

conseguían alguna cosa para completar la merienda; cosa difícil, pues en época de frutos, sobretodo de melones, había en las tierras unas especie de casetas hechas con palos, ramas de arboles y retamas donde siempre había alguna persona vigilando sus cosechas. Cuando iban charlando por el camino, vieron venir un carro pequeño tirado por un burro grande; lo malo es que en el carro iba otro burro. Eran María de la Natividad y un familiar que, tenía muy malas pulgas; cuando llegaron a su altura les saludaron muy atentamente pero, el familiar que los conocía muy bien, preparó la tralla que llevaba en espera de lo que pasase. Así fue, al llegar al final del carro, se lanzaron todos (menos Antonio que no quería caerle mal a la niña) a coger unos melones que traía; el familiar se lió trallazos contra ellos, pero aún así y a costa de unas buenas marcas, consiguieron llevarse un melón que les completaría la merienda.

Muchas veces Antonio y Carlos estaban juntos pues el resto de amigos tenían que trabajar. Paseaban hablando de la historia de Alcorcón o, simplemente, se sentaban en la eras de la Arpada, que estaban en Cantarranas, y contemplaban el paisaje hacia Madrid, soñaban.

En unos de esos anocheceres de primavera estaban los dos, sentados, callados y pensativos.

- ¿Sabes Carlos?. Estoy pensando en tu hermana María de la Natividad. Dijo Antonio.

- ¡Oye!. ¡Serán buenos pensamientos!. Contestó Carlos.
- Claro hombre. Continuó Antonio. Tu hermana es guapilla, inteligente y tiene mucha alegría. Pienso que cuando sea mayor, a lo mejor intento casarme con ella.
- Pues que quieres que te diga. Le respondió Carlos. Es muy mandona. Como las hermanas mayores están en sus quehaceres, ella se encarga de los pequeños. Nos repasa las manos antes de comer, merendar y cenar para ver si las tenemos bien lavadas y, todas las noches, cuando llegamos a casa nos pide que le contemos qué hemos comido, dónde hemos estado, qué hemos hecho y quiere saberlo todo. Como de mayor, dice, quiere ser maestra, todo el día en plan de educarnos: ¡que no comáis dulces!, que estropean los dientes; ¡que comáis verduras!, que tienen vitaminas; ¡y, así, siempre!. Como tengáis hijos, seguro que todos los días le tienen que decir qué han hecho, qué han comido, dónde han estado, si tienen alguna herida, bueno de todo.
- No seas exagerado y, además, para entonces serán mayores y, a lo mejor, cada uno estará en un pueblo distinto y como no quiera recibir el parte que tu dices a base de campanas. Matizó Antonio.
- Bueno, bueno, que ya habrán inventado algún sistema de comunicación y, sino, María de la Natividad es capaz de inventar alguno u obligar a los curas a comunicarse a través de las campanas. Respondió Carlos.

- ¡Que no hombre que no!. Quiso finalizar Antonio.

- ¡Allá tu!. No digas que no te he avisado. Que María de la Natividad, está delgada pero come como cinco. Sentenció Carlos.

- ¡Hombre!. continuó Antonio. Ya veo que María de la Natividad está muy delgada y la he visto comerse unas rebanadas grandes de pan regadas, además, con licor de anís y no digamos de las meriendas con casi un cuarto de pan con chorizo, pero esto no tiene relación con lo que estamos hablando.

- ¡No sé!, yo se lo escuché en una boda al padre de la novia que se lo decía al novio y aunque estaba muy delgada yo creo que se lo decía, también, porque era maestra y, por lo tanto, muy mandona. Finalizó Carlos.

Y, siguieron callados y pensativos.

Las otras dos niñas, a las que Antonio quería muchísimo, eran las más pequeñitas. Cuando él tenía 9 años, la mayor tendría 4 o 5 y la menor 2 años.

La mayor tenía un nombre curioso porque al bautizarla hubo algunos líos. Según le había contado su amigo Carlos, su madre quería ponerle de nombre Crisóstoma en recuerdo de un abuelo suyo que se había llamado Crisóstomo. No habían podido hablar antes con el cura por estar fuera o enfermo y, entre que el cura era mayor y un poco sordo, cuando estaba bautizándola al preguntar a los padrinos "qué traéis a la casa de Dios"

contestaron que una niña y él ni se entero; cuando les pregunto por el nombre, dijeron Crisóstoma y él entendió Crisóstomo pues era el único santo que conocía, San Juan Crisóstomo. Todos se fueron contentos a celebrar el bautizo y, cuando días después, el cura les llamó para apuntar al recién nacido en el libro correspondiente se dieron cuenta del error. No pasa nada, dijo el cura, le pondremos María de San Juan Crisóstomo; se quedó tan tranquilo y la niña cargó con el dichoso nombre. Los padres de María de San Juan Crisóstomo, por evitarle burlas de otros niños y porque había muchas Marías, empezaron a llamarla "Cris" y así quedó.

El nombre de la pequeña tampoco era manco; se llamaba María Magdalena pero, como era muy largo, empezaron a llamarla "lena" y como todo el mundo tenía claro lo de Santa Elena, al final quedó como "Elena".

Las dos niñas siempre estaban jugando en la calle, la mayor llevaba a su hermana de la mano y, si venían otras niñas a jugar, la sentaba en el suelo y con una piedrecita se entretenía, aunque la mayor no dejaba de vigilarla.

Cris, la mayor, cogía unos berrinches terribles, porque le habían reñido sus padres o porque quería alguna cosa; entonces se ponía a dar patadas y cabezazos a la pared, pero fuertes ¡eh!. Los que pasaban por allí le decían "niña que vas a romper la pared", pero como si nada, ella seguía.

Elena, la pequeña, como era muy tranquilita no daba guerra y, cuando por la noche, sus padres querían que se durmiera le decían "venga bonita canta un poquito", y ella empezaba una canción que más o menos decía así: "laaaaaaaaaa lara, laaaaaaaaaaaaaa lara,". Cuando llevaba un rato con la canción empezaba a quedarse dormida y sus padres la cogían en brazos y a la cama.

Otra cosa curiosa que tenían, era su amor a los animales. Una vez tenían un gato, más negro que el carbón, ellas lo sacaban a la calle atado con una cuerda; cuando estaba con ellas se mantenía tranquilo pero si venía algún carro se ponía furioso y mordía y arañaba a todo aquel que se le acercaba. Cuando el gato se escapó de casa, las niñas la cogieron con un pollo; lo sacaban desde muy pequeño, atado a la misma cuerda que tenían para el gato, a la calle a pasearlo. El pollo era muy chulo y siempre estaba, con el cuello muy en alto, cacareando y pavonándose por la calle. Un día desapareció; se supone que los padres lo habían metido al puchero, pero las niñas, inocentes, decían que se había ido.

Desde luego, las niñas, eran muy bonitas y muy saladas.

La cueva de la mora.

Era un domingo de finales de septiembre, las faenas del campo habían remitido y, por la bondad del tiempo, el grupo de amigos, como otras muchas veces, se iban a andar,

investigando (decía Carlos) nuevos terrenos; en realidad lo que también buscaban era algún melón, sandía, frutas o uvas que pudieran completar su merienda.

Salían algo después de comer y todos iban provistos de su merienda. Carlos, con su inseparable y tesoro maspreciado ¡la brújula!, que llevaba en una bolsa de tela. Antonio, iba con su célebre botijo que tan fresca dejaba el agua; el botijo, aunque era pequeño y pesaba poco, iba rotando entre los miembros del grupo. La verdad, es que a la gente que los veía les extrañaba lo del botijo aunque pensaban lo llevaban para refrescarse. Sí que era para refrescarse, pero lo que los demás no sabían es que Antonio, siempre conseguía a escondidas algún cuartillo de vino que echaba al botijo y lo rellenaba con agua; refrescarse, sí, pero con un poco de sabor, pues las meriendas solían ser de chorizo o tocino frito o crudo.

Salió el grupo en una dirección; Carlos, con su brújula decía era suroeste que dejaba Móstoles a la izquierda y a la Villa de Odón a la derecha. Fueron caminando alrededor de una hora, cambiando el botijo de mano pero tomando solo algún trago, pues había que dejarlo para la merienda. Carlos, de vez en cuando indicaba el cambio de dirección del camino, un poco más al oeste o un poco más al norte.

Cuando llegaron a lo que se llamaba "la cueva de la mora", inspeccionaron sus alrededores donde existían montones de

tierra y piedras sueltas que parecían indicar (o así lo suponían ellos) las murallas de algún castillo o ciudad.

A continuación comenzaron a recorrer el interior, bastante molesto de andar pues estaba lleno de montículos de tierra, hierbas altas, espinos y algún que otro agujero, por lo que tenían que ir con cuidado.

Después de más de media hora de patearlo, cada uno figurándose restos de torres, casas o palacios, se toparon con una entrada de algo que parecía una cueva. ¡La cueva de la mora!

Primero vamos a merendar - dijo Antonio, que ya estaba cansado del peso del botijo y le apetecía echar un buen trago del vino aguada; hay que tener en cuenta que estaban acostumbrados al vino, pues muchas veces en sus casas, para el desayuno, les daban una rebanada de pan con vino o un poco de aguardiente y miel (sobre todo si el pan estaba un poco duro). Como reconstituyente, ¡decían!. Se sentaron a la sombra de la entrada de "la cueva" y dieron buena cuenta de sus meriendas y del contenido del botijo; así no pesará a la vuelta, - comentaban.

Finalizada la merienda y dejando el botijo a la entrada (Carlos, no se separaba de su brújula), se fueron adentrando en algo que parecía rectangular; con luminosidad hasta casi la mitad y en el fondo oscuro algo que parecían galerías (en realidad eran desconchados de la pared) y que ellos se

figuraban largas y con misterios. Después de un rato de repasar "la cueva" minuciosamente (en la zona que se veía), decidieron regresar al pueblo y volver otro día con antorchas para investigar "las galerías".

Al día siguiente en la escuela, Carlos y Antonio, se llevaron una gran desilusión pues el maestro, que le interesaba todo lo antiguo y había visitado las ruinas, les dijo que aquella "cueva", en realidad era una cisterna.

Los musulmanes fundaron Calatalifa hacia el año 939, quizás, sobre un poblado anterior y lo que habían visto era la cisterna cubierta que todos los castillos tenían para recoger el agua de lluvia. Al romperse una de las paredes parecía una cueva (y así la llamaban los vecinos, "la cueva de la mora") pero no lo era.

El castillo del bosque.

Un domingo más, con buen tiempo, el grupo de amigos se disponía a caminar hacia algún lugar lejano y, para ellos, misterioso; en este caso era el Castillo de Odón. Antonio les recuerda que allí había vivido, ya muy enfermo (pocos años después se enterarían que falleció en agosto de 1759), el Rey Fernando VI.

Salieron por la calle de la Iglesia, pasaron las eras y la ermita de Nuestra Señora de los Remedios y continuaron por la cañada que venía de la calle Grande y continuaba por la vereda del Monte y el camino de Segovia. Antonio recordó lo que les

había explicado el maestro; aquel camino de Segovia era un camino prerromano que venía por el camino de Polvoranca, se unía al camino de Castilla que venía de Leganés y era el que estaba en la parte baja de las eras de Cantarranas, seguía por la vereda del Monte y el camino de Segovia. Por este camino había pasado Aníbal y sus tropas para atacar a las tribus del Valle del Duero.

Dejaron estas diatribas y se separaron a la izquierda por un camino que iba directo a la Villa de Odón.

Como siempre, iban provistos de sus meriendas, botijo (esta vez lleno solo de agua, no de vino) y, como no, Carlos con su inseparable brújula.

Por el camino, unas veces charlando, otras dando patadas a las piedras y a veces un trago al botijo, llegaron donde se divisaba perfectamente, aunque a distancia, la mole del castillo.

El castillo impresionaba. Tenía unas altas y fuertes murallas con torres de defensa semicirculares. Delante del castillo, en dirección a Alcorcón, había un jardín muy bien cuidado pero estaba vallado y solo se podía ver por los enrejados de sus grandes puertas. En la parte contraria se extendía un gran bosque frondoso y un riachuelo serpenteaba por él.

El bosque, también tapiado, era de uso exclusivo de la familia Real. La pandilla recorrió los alrededores y, encontró un hueco en el tapial que se había caído por las recientes lluvias y, aún,

no lo habían reparado. Haciéndose los valientes, pero con el miedo por dentro, se colaron por el hueco.

Carlos sacó enseguida la brújula para intentar orientarse por aquel laberinto de espeso bosque. Encontraron el río que pasaron por un pequeño puente de madera y, después de dar vueltas y vueltas, un poco perdidos, dieron con una especie de cueva. Penetraron en la misma con ansiedad y miedo pero era poco profunda y no encontraron nada.

Cuando salieron, estaban desorientados. No sabían por donde estaba el hueco por el que entraron y temían los encontrarán los guardas del bosque. Carlos, haciéndose el valiente, aunque el miedo iba por dentro, sacó la brújula e intentaba orientarse. Por aquí se va al este, por aquí al sur, y daban y daban vueltas sin encontrar la salida. Al final, con mucho miedo y desesperados, dieron por casualidad con la abertura. Se apresuraron a salir y, ya fuera, respiraron aliviados. Ahora venía el momento de hacerse los héroes y decir que no habían tenido miedo. Se lo contarían al resto de los chicos de su edad, por supuesto aumentando la aventura y diciendo lo valientes que habían sido, engañando a los guardas y hasta que habían visto a miembros de la Casa Real.

La matanza del cerdo.

El mes de noviembre, a pesar de sus fríos, era muy esperado por Antonio; en este mes solían, en su casa, matar el cerdo

criado durante todo el año. Era casi un rito, tanto en su crianza como en su matanza.

Su padre solía comprarlo a un "marranero" (trajinante o tratante de cerdos) que, a primeros de julio, venía por Alorcón y otros pueblos con una piara de cerdos de raza negra (decían que tenían mejor sabor y más tocino, que era lo que más se necesitaba).

Llegaba con su piara de cerdos a la plaza pública, pagaba al pregonero para que fuera por las calles anunciando "ha llegado el marranero", y ya estaba el regocijo entre los pequeños y el interés para los mayores.

El marranero asentaba su piara en la plaza pública. Iba acompañado de uno de sus hijos de unos 15 años que le ayudaba a controlar los cerdos en su viaje de pueblo en pueblo y cuando ya estaban en una plaza.

Llevaban muy poco equipaje. Un pequeño fardo en el que tenían alguna ropa, papeles en los que anotaban las ventas, un tintero cerrado con plumas para anotar y una pequeña calabaza con agua. Solían comer y dormir en los mesones de los pueblos o en casa de algún familiar y para los cerdos compraban algún saco de guisantes secos para alimentarlos o, mejor, evitaban que se dispersasen al estar entretenidos comiendo.

Para que el ganado bebiese por el camino, ellos, ya conocían las zonas de fuentes y regatos. En Alorcón, era el padre de Antonio y, muchas veces Antonio mismo, el que les llevaba

una artesa y unas cargas de agua para que bebiesen los animales, sofocados por el intenso calor de julio.

Una vez que la gente se enteraba por el pregonero o el boca a boca de la llegada del marranero, se iban acercando a la plaza. Casi todos eran clientes de años anteriores. Elegían un cerdo los menos pudientes y dos, o hasta tres, aquellos que tenían criados para alimentar.

El sistema era muy simple. No había regateo pues los precios los tenía fijados el marranero y se fiaban de él pues le conocían de muchos años y sabían que sus precios eran justos. Una vez elegidos los cerdos, normalmente, les ataban una cuerda en una de las patas traseras y se los llevaban caminando para su casa. Entre la mañana y la tarde ya habían cogido, todos los clientes, sus cerdos. Si algún vecino, que todos los años le compraba, estaba de viaje o vendiendo cacharros por Madrid o Castilla, el marranero elegía un cerdo adecuado y se lo llevaba a su casa.

En el atardecer, metía lo que le quedaba de la piara en la posada, o en casa de algún familiar o amigo donde los dejaba (les bajaba la parte equivalente del gasto en el precio de los cerdos) e iba pasando por la casa de los compradores. Allí anotaba el nombre del comprador, número de reales que le debía por el cerdo y firmaban (si sabían, pues en aquella época, lo importante era la palabra dada). En los muchos años que llevaba el marranero por estos pueblos, jamás le había fallado nadie en el pago.

Una cosa importante para el hijo del marranero era que, en todas las casas, les ofrecían algo para comer; como su padre no bebía nada, siempre les daban dulces para tomar y, como los dos eran muy golosos, “ponían el cuerpo de buen año”, como decían.

Nos hemos olvidado de comentar que los pagos se hacían a finales de septiembre cuando habían recogido y vendido la cosecha y, ya, tenían dinero los propietarios y los criados. Con los alfareros pasaba lo mismo pues ellos solían cobrar sus ventas, también, en septiembre, aunque había alguno que les pagaba, con dinero, en el mismo momento; éstos eran los menos.

Al día siguiente padre e hijo, con la piara y andando con sus bártulos encima, se iban para otro pueblo. Solían hacer todos los años el mismo recorrido por todos los pueblos del sur de Madrid.

¡Y ya tenemos el cerdo negro en casa!

Se le llevaba a su cuadra que estaba al fondo al lado de la zona de los conejos, como ya hemos explicado al describir “su casa”.

De comer, comía de todo. Las cáscaras de frutas, verduras que traía su hermano de la huerta de Leganés y, sobre todo, una mezcla de harina de cebada mezclada con agua.

Y el cerdo crecía y engordaba hasta que en noviembre le llegaba su San Martín. Por lo general a mediados de

noviembre, ya con días fríos, tenía lugar “la matanza”. Era toda una fiesta.

Se comenzaba por preparar todo lo necesario. Paja de centeno para chamuscar el cerdo después de muerto, tablas de madera con varios cuchillos afilados para hacer el picadillo, ajos, pimentón dulce y picante, sal y especias para sazonar el picadillo y salar los jamones, huesos y costillas. Unas escaleras bien limpias para dejar colgado el cerdo, ya muerto y abierto en canal, una noche al sereno (al frescor de la noche) y, sobre todo, el “tajo”. El “tajo”, era una especie de mesa rectangular con las patas muy bajas y muy gruesas; también la tabla de la mesa era muy gruesa. La solía traer el carnicero que era quien se encargaba de matar al cerdo.

¡Y llegaba el gran día!. Todo el mundo, incluidos algunos vecinos y familiares, estaba atareado preparando barreños, barriendo la zona donde se iba a poner el tajo y la escalera y todos andaban de un lado para otro un poco nerviosos. Los niños, impacientes y en espera de acontecimientos.

Llegaba el carnicero que traía dos cuchillos de grandes dimensiones. Se sacaba el cerdo y, entre varios hombres, lo ponían encima del tajo; el carnicero se acercaba y le clavaba el gran cuchillo, cayendo la sangre en un gran barreño de barro que sujetaban las mujeres. Antonio, esta parte, la contaba de oídas pues a él no le gustaba ver morir al cerdo y se metía en la casa hasta que ya no oía los gruñidos del animal.

Después, venía algo que le gustaba mucho a la gente menuda. Chamuscar el cerdo. Consistía en pasarle al cerdo por todo el cuerpo unos manojos de paja de centeno (pues eran muy largas y quemaban muy bien) encendidas, en plan antorchas. Con ello le quemaban todos los pelos largos del cerdo y le sacaban las pezuñas. Las pezuñas, muy tostadas, se repartían entre la gente menuda que aprovechaban muy gustosamente una especie de ternilla que tenían en la parte superior. Una vez bien “roídas” se las entregaban a los mayores que hacían con ellas “dediles”; estos dediles, con unas correas, se los ponían en los dedos para evitar cortes cuando iban a segar.

Una vez bien chamuscado el cerdo, lavado y raspado, se extendía sobre la escalera, que ya estaba preparada, atándole las patas traseras al final de la misma y, con la tripa hacia el exterior, se apoyaba la escalera en la pared.

Mas tarde, el carnicero, con un cuchillo muy afilado y casi cuadrado, lo abría en “canal” es decir de arriba a abajo. En barreños se iban echando las tripas por un lado y las “asaduras”(resto de las partes blandas interiores del cerdo) por otra. El cerdo bien limpio tanto por el interior como por el exterior se dejaba “al sereno” (con el frescor de la noche) hasta el día siguiente.

Y, aquí, estaban todas las mujeres en danza. Preparaban la comida, generalmente patatas con sangre y después un guiso de los menudos del cerdo. Preparaban arroz o pan, o ambas cosas

para cocerlas con la sangre del cerdo y hacer morcillas (unas de arroz y otras de pan, éstas últimas eran dulces). Derretían en grandes sartenes la manteca que, una vez líquida, la pasaban a pucheros de barro para su conservación y, el resto, los “coscarones” (que era la parte que quedaba sólida) la mezclaban con pan y azúcar y se llamaban “torrejonos” que, eran muy dulces y muy alimenticios.

Lo más trabajoso era la limpieza de las tripas para, los días siguientes, hacer las morcillas y los chorizos.

Pero lo que más le gustaba a Antonio, pues era el encargado de distribuirlos, eran los platos que preparaban con algo de sangre cocida, asaduras y un poco de carne. Estos regalos se hacían a las vecinas y familiares más íntimos. Antonio las distribuía y, en todos los sitios le daban dulces. Como era muy goloso, ese día, se hinchaba.

Llegaba el día siguiente. El carnicero venía con sus cuchillos y ¡zas!, ¡zas!; jamones por un lado, tocinos por otro y descuartizaba todo el cerdo.

Los jamones y las hojas de tocino (que eran los laterales del cerdo) se subían al sobrado, en la parte derecha, como se ha explicado en “su casa”. Su padre las cubría de sal y, con un ladrillo, las iba "planchado" para que, esa sal, penetrase.

El carnicero ya había separado , en una artesa, todos los trozos de carne y grasa del cerdo. Hacía dos montones: trozos buenos y un poco peores con más grasa. Éstos últimos se

mezclaban con patata cocida y, aparte de hacer más chorizos, hacían unos chorizos de peor calidad pero que siempre estaban muy blandos.

Todos los restos del cerdo (huesos, orejas, careta, etc.) se salaban para echarlos en “el puchero” durante todo el año.

Se comenzaba a picar, con grandes cuchillos, la carne y grasa sobre tableros de madera y, todo muy picadito, se iba poniendo en la artesa. Más tarde se mezclaba con sal, pimentón dulce o picante y cominos. Las mujeres lo mezclaban todo muy bien y, una vecina que era la experta, lo iba probando para ver si estaba en su punto. Ese día se comían “chichas”, que eran el picadillo pasado por la sartén. Por la noche y, acompañados de los vecinos y familiares que habían ayudado, se solían cenar alubias pintas y trozos de carne asados (no muchos) acompañados de los menudos del cerdo.

Ese día, Antonio, volvía a llevar platos con chichas, panceta adobada y algo de carne a los mismos vecinos y familiares que el primer día. Por supuesto que se repetía la gran panzada de “dulces” (pastas, rosquillas, etc.) que todos le daban.

Al día siguiente, después de reposar y coger sabor las chichas, se comenzaba a embutir todo lo preparado.

Las morcillas eran lo primero que se hacía. Se iban metiendo las distintas mezclas. Las de pan, que eran dulces, en las tripas culares (las más gruesas) y las de arroz en tripas gruesas. Todas

se iban colgando en los varaes (palos colgados de techo del "sobrao").

Los embutidos eran de cuatro clases: chorizo blanco o salchichón (sin pimentón), chorizos buenos (picantes y dulces) para comer crudo y chorizos con carnes peores, a veces con carne de vacuno o de burro para consumir en los pucheros y, algunos, con patatas cocidas que siempre estaban muy blandos.

Para embutirlos, se utilizaba una especie de embudo pero que en la parte ancha era un cilindro y se le introducía un redondo de madera que empujaba al picadillo hacia las tripas. Las tripas que eran las más delgadas del cerdo se colocaban en la parte fina del embudo y el picadillo o chichas en la parte del cilindro; se iba apretando con el mango de madera y las chichas iban saliendo y llenando las tripas. El trabajo era muy complicado pues tenían que llenarse las tripas en su justo término; lo hacían las mujeres más experimentadas y las jóvenes iban aprendiendo. Iban rellenando las tripas y, de vez en cuando, las pinchaban con agujas para que no quedara aire. Cuando se terminaba una tripa, ataban el final y le hacían otros atados por el centro para que quedaran llenas y sin aire.

Una vez terminado se llevaban a colgar a los varaes del "sobrao" para su curación. Esta curación era complicada; si hacía frío seco iba bien, pero si llovía se ponían unos barreños de barro con paja encendida para ahumarlos y que no se estropearan.

Algunos chorizos buenos y parte de las costillas, ya adobadas, se freían en manteca y se echaban en unas ollas de barro. Cuando se consumían muchos meses después estaban como recién hechos y la manteca con la que se habían frito (ya de color rojo) se utilizaba para meriendas untándola en rebanadas de pan.

Y la gran fiesta de la “matanza” se terminaba.

SUS EXPERIENCIAS EN 1761.

El año 1761 fue un año lleno de acontecimientos para Alcorcón; Antonio nos narra aquí algunos de ellos.

Los basureros de Madrid.

Con la llegada del Rey Carlos III a Madrid, habían cambiado muchas cosas. Se empezaron a empedrar las calles, se pusieron farolas, no se podía tener animales sueltos por las mismas, se obligaba a tener “pozos negros” en las casas (eran unos pozos donde iban a parar todos los excrementos generados) y, una cosa que sí vio Antonio, todos los desperdicios los recogían “los basureros”; aunque los hierros y otros trastos, los compraban para después revenderlos.

Antonio acompañó un día a su padre a visitar a un amigo que había estado enfermo y era basurero. Vivía en una casa con un gran corral en las afueras de Madrid. Según le contaron, por las mañanas casi antes de la salida del sol, ya estaban recogiendo la basura de la zona que tenían asignada. La basura solía estar en recipientes de barro. El basurero llegaba y vaciaba todo lo que encontraba en su carro. Antes de que muchos vecinos de Madrid se despertasen, ya estaba el basurero vaciando el carro en su corral.

Antonio y su padre habían ido a primera hora del día, pues iban camino de Madrid. La sorpresa de Antonio fue mayúscula al entrar en el corral y escuchar los gruñidos de un montón de

cerdos que, al oír la llegada del carro, esperaban su comida. El basurero soltó el borrico del carro y volcó éste en el patio del corral. A continuación soltó a los cerdos, que serían unos 20 y, éstos, empezaron a devorar todo aquello comestible que encontraban en la basura.

Según le contó su padre, ésta era la manera de aprovechar todos los desperdicios y, además, criaba los marranos y unas gallinas, pues después de que los marranos habían rebuscado en la basura y quedaban satisfechos, soltaba a las gallinas que daban cuenta de lo poco comestible que quedaba. A continuación rebuscaban, él mismo y su familia, en los restos y separaban los hierros u otros elementos que les sirviesen; recogían, al final, los restos y los llevaban al muladar. Este abono que resultaba lo cambiaba por paja para comida del burro y cama de los distintos animales que tenía.

¡Que forma de aprovechar TODO!.

Lo que no tenía muy claro Antonio era si el basurero tenía que pagar alguna tasa al concejo pues con lo que recogían vivía y muy bien una familia.

La boda.

Se llamaba Antonia Gómez, era viuda de Juan de la Costa e hija de Pedro Gómez y Manuela Izquierdo; se casó con Antonio Montero, que también era viudo, natural y vecino de Móstoles. Se casaron el 25 de agosto.

El día anterior habían firmado la *carta de dote*, por un valor de 2161 reales de vellón, cantidad muy importante para aquella época aunque era mucho menor que la de Isabel de la Calle, soltera, hija de Manuel de la Calle y Francisca Blanco, que aportó de *ajuar* 7101 reales de vellón más 702 r.v. y 12 maravedís (en 2 doblones de a ocho de cordoncillo que valían 300 reales de vellón y 40 maravedís cada uno, y 5 escuditos que valían 20 r.v. cada uno) y 11723 r.v. en bienes raíces, herencia de sus padres.

Antonio, había visto en casa del escribano la escritura de la *carta de dote* y había tomado algunas notas de la misma; no entendía su significado y como apareció en la Historia. El escribano se lo explicó de la forma siguiente: La dote en el derecho romano antiguo, al no existir una regulación legal de las donaciones, se confundía con éstas y, por lo tanto, con todos los bienes. Fue Justiniano quien fijó el concepto de fijar el papel del marido al simple usufructo. El derecho español, al incorporar la dote a la sociedad de gananciales (régimen de comunidad de bienes), permitió la enajeración marital, y con ello, se hacía más difícil la distinción entre bienes; esto se evitó llevándolos a escritura pública - carta de dote -.

La *carta de dote* incluía desde grandes bienes (tierras, casas, dinero en efectivo) hasta pequeñas cosas como pañuelos y cacharros de cocina; todo ello valorado en reales, individualmente y el total.

Antonio se quedó asombrado y copió el siguiente párrafo: ... *se compromete (el futuro marido) a tenerlos en su poder como bienes y caudal propio de la nominada Eugenia Gomez, sin disiparlos, benderlos y enajerarlos en manera alguna, y si lo hiciere ha de ser nulo y de ningun valor o efecto. Y se obliga á que siempre y cuando que el referido matrimonio fuese disuelto por muerte, diborcio u otro de los casos q.e el dró permite, bolberia y restituiria a Eugenia Gomez u a quien su poder y dró hubiere*

La familia de Antonio era muy amiga de Eugenia y por ello fueron invitados a la boda.

Antes de la boda, durante tres domingos, se hacían las *amonestaciones* que consistían en decir, el señor cura desde el púlpito de la iglesia, los nombres de los que se iban a casar y preguntaba si alguna persona tenía algo grave que objetar.

La boda duraba tres días: la víspera, el día de la boda y la tornaboda (al día siguiente).

Antes de la boda se recibían los regalos que generalmente consistían en gallinas, conejos, cántaros, vasijas de barro y, algún invitado pudiente (muy pocos), podían regalar cuadros o juegos de cama.

Y llegaba la boda. Comenzando con "la víspera". Llegaban los invitados forasteros en diversas caballerías e incluso, los más cercanos, andando; venían de Móstoles, Leganés, Boadilla, Madrid y alguno de Extremadura. Se alojaban en

casas de familiares o amigos y, aparte de ayudar en la preparación, ese día se comía y se cenaba, en este caso en la casa de la novia.

Los hombres, familiares y amigos, se dedicaban: unos a matar, desollar y descuartizar un gran carnero y otros a traer sillas, mesas, tablonos para bancos y maderas para hacer mesas, de distintas casas de amigos y familiares. Las mujeres se dedicaban: unas a ir haciendo la comida (ese día sería un buen cocido de garbanzos con más chorizo, tocino y rellenos de lo normal, incluyendo alguna gallina y un buen trozo de carnero; de postre, una buena ensalada de tomates y pimientos y, como no, muchos dulces) y otras a pelar e ir preparando algunas de las gallinas o pollos que habían recibido de regalos.

A media tarde y según iban llegando los invitados forasteros, se tomaban unos dulces acompañados de una copa de licor.

Por la noche, cuando ya habían llegado todos los invitados forasteros, junto con los familiares y amigos que habían ayudado en la preparación, se cenaban unas sopas de ajo y después torreznos de tocino frito con chorizo y lomo de “olla” (que habían sido fritos y puestos en una olla con manteca el día de la matanza del cerdo), todo ello regado con un buen vino de la tierra; como ya estaban de fiesta, se terminaba la cena con unas pastas y licores.

¡Y llegaba el gran día!.

Se comenzaba tomando, al levantarse, los hombres una copa de aguardiente y las mujeres un licor flojo (por lo general anís), siguiendo cuando ya estaban todos reunidos una gran chocolatada con picatostes (ya hemos comentado en “la Visita Apostólica” en que consisten). A media mañana comenzaban a “vestir a la novia” (siempre con ropas negras) y los hombres y mujeres se ponían sus mejores galas; también se estaba preparando la comida, pero para ello se contrataban a tres o cuatro mujeres que la hacían y después servían.

Unos momentos antes de la misa salía el novio de casa de un familiar (pues era de Móstoles) en que se aposentaba, acompañado de la madrina y sus invitados, hacia la Iglesia. Lo mismo hacía la novia que llegaba después del novio. Ya en el pórtico de la Iglesia entraban la novia con su padrino y el novio con la madrina, siguiendo el resto de invitados.

Terminada la ceremonia al salir los novios de la iglesia les lanzaban algunas ramas de tomillo y romero y gritaban los clásicos "vivan los novios", "vivan los padrinos", etc.

¡Y llegamos a la comida!.

Las mesas estaban colocadas en el cobertizo del corral, donde se guardaban los carros, que era muy grande. Después de colocarse todos los invitados en sillas o bancos, a los más pequeños los pusieron separados, empezaron a llegar las encargadas de servir la comida con grandes ollas de barro llenas de una sopa de pan muy espesa, hecha con el caldo

donde se habían cocido el carnero y las gallinas. A Antonio no le gustaba nada pues era como una grasa muy espesa; los mayores decían que estaba muy buena y tenía mucha “sustancia”. Muchos repetían, aunque la mayoría se reservaba para la carne.

Después comenzaron a servir el plato fuerte; el carnero y las gallinas y pollos “en pepitoria”. Aquello sí que estaba bueno, especialmente el pollo (a Antonio no le gustaba el sabor tan fuerte del carnero). La gente joven, en especial los mozos no se cansaban de comer y decían “antes reventar que dejarlo”; con el vino se fueron animando y entre mozos y mozas empezaron, jugando, a tirarse los huesos. Todos los pequeños les imitaron pero tenían menos cuidado y alguno recibió un golpe en el ojo, sin importancia, pero que obligó a los padres a poner un poco de orden. Este segundo plato duró mucho, sobre todo para los más pequeños pues ya se habían cansado y esperaban los dulces; los mayores no se cansaban de comer.

Los más pequeños empezaron a reclamar “los dulces” “los dulces” y así, repetían y repetían hasta que llegaron unas grandes bandejas, también de barro, llenas de deliciosos dulces caseros de todas clases. Antonio, que era muy goloso, fue el primero en lanzarse sobre ellos y, de forma glotona, comenzó a comer; los demás le siguieron enseguida y muchos, al poco rato, comenzaron a quejarse de no poder comer más pues tenían la tripa llena.

Los mayores acompañaban los dulces con licores, sobre todo licor de guindas, y a los pequeños, después de mucho protestar les trajeron unas jarros con una mezcla de licor (poco) y agua (mucho).

Ya pasada la media tarde y todos muy contentos por la boda y por los vinos y licores, se fueron hasta La Plaza Pública donde iba a comenzar un baile para todo el pueblo; los novios habían contratado a unos tamborileros de Leganés y, también, aportaron unos cántaros de vino.

Lo primero que hicieron fue repartir un dulce y un vaso de vino a todos los que les apetecía; después comenzaron con jotas típicas de la tierra.

Ya al anochecer, los novios anunciaron su intención de retirarse. Los mozos ya les tenían preparado un carro engalanado, tirado por bueyes, para llevarlos hacia su casa. Pero como siempre a alguno se le ocurrió una broma, más o menos pesada, para hacerle a los novios.

Sentados en sillas de madera, encima del carro, iban los novios sin sospechar nada, rodeados de mozos y mozas. El carro partió de La Plaza Pública, con grandes aplausos y vivas a los novios de todos los presentes. Siguió hacia la plaza de La Fragua donde, en su parte baja había un gran charco, mas bien laguna (dos días antes había llovido torrencialmente y se había formado una gran masa de agua); los mozos llevaron el carro hacia el centro de la laguna y, ante el asombro de los novios,

soltaron los bueyes y dejaron allí a carro y novios. Protestaron, pero fue inútil; al final el novio se bajó, cogió en brazos a la novia y, así, salvando el gran charco continuaron, rodeados de mozos y mozas que no dejaban de vitorearles, hacia su casa.

Mozos y mozas volvieron al baile de La Plaza Pública para continuar la fiesta hasta altas horas de la noche.

Pero aún no había terminado el acoso a los novios. Era costumbre, en el pueblo de uno de los invitados, ir a dar la “serenata” a la casa donde dormían los novios. El invitado pronto convenció a un grupo de mozos y allá se fueron a dar la serenata; el novio, que conocía esa costumbre e intuía lo que iba a hacer el invitado, había previsto cambiarse de casa con lo que los mozos, por más que dieron la lata, no consiguieron nada.

¿Final de la boda?. ¡No!. Quedaba la TORNABODA.

La tornaboda era la despedida de los forasteros, familiares y vecinos más íntimos. Por la mañana, después de “desayunar” con un trago de anís de Chinchón o de aguardiente (como, por lo general, se hacía a diario), se devolvían las sillas, mesas, cubertería, loza y manteles prestados para la celebración.

A media mañana se realizaba el almuerzo. Se consumía, como siempre, sopas de ajo y torreznos. Para la comida se utilizaban las sobras de la boda, que solían ser muchas y buenas, y se añadía algún chorizo y lomo que se conservaba en la olla. Era otra gran comilona.

Después de la comida se comenzaba a despedir a los forasteros que , con diversas caballerías, regresaban a sus domicilios.

Y, aquí sí, se terminaba la boda y todo el mundo, incluidos los novios ya matrimonio, volvían a sus labores cotidianas.

EL CATASTRO.

Estamos en febrero de 1761, año lleno de excitaciones para la muchachada y de inquietud para los mayores. Se están realizando, por orden de S. M. Carlos III, unas declaraciones juradas de lo que cada uno gana. ¡Será para darles algo de dinero! - piensa Antonio. ¡Inocente niño!; eso, en la vida, no suele ocurrir.

Notas del Sr. Maestro.

NOTAS SOBRE LAS PREGUNTAS Y RESPUESTAS DEL CATASTRO REALIZADO EN ALCORCÓN EN 1751 Y LAS VERIFICACIONES DE LAS MISMAS EN 1754.

(Obtenidas de los originales del Sr. escribano de Alcorcón).

Transcribimos lo más importante.

Introducción.

A principios de este siglo, es decir el siglo XVIII, la Real Hacienda se encontraba en un estado calamitoso. el cobro de las rentas se arrendaba a los llamados "asentistas". llegaba mucho menos dinero que el que pagaban los vasallos y éstos se veían sometidos a todo tipo de atropellos por parte de los asentistas y su legión de "recaudadores" y "executores".

Tres eran los tipos de renta que percibía la Real Hacienda: las llamadas "generales" o de aduanas, las rentas "estancadas" (principalmente sal y tabaco) y las RENTAS PROVINCIALES. Éstas últimas eran un conglomerado muy complejo formado principalmente por las "alcabalas", los

"millones", los "cientos", el derecho de "fiel medidor", las "tercias reales", etc.

Fernando VI, que reinó entre 1746 y 1759, denostaba este sistema de rentas en especial las RENTAS PROVINCIALES. Estas rentas eran no solo muy gravosas sino injustas, faltas de equidad, pues recaían sobre todo sobre el pueblo llano, los que se llamaban del estado general, pues los nobles y eclesiásticos se libraban de muchas de ellas por disponer de cosechas propias y no tener que acudir a los puestos públicos, que era donde se cobraban casi todos estos gravámenes, especialmente los millones y los cientos. Esto hizo pensar en acabar con ellas y sustituirlas por una ÚNICA CONTRIBUCIÓN proporcional a la riqueza de cada uno.

El llamado PROYECTO DE ÚNICA CONTRIBUCIÓN se plasmó en el Real Decreto de 10 de Octubre de 1749. El decreto se promulgó junto con una Instrucción de como habría de hacerse el Catastro,

Se realizaron medidas de control;

El Catastro se realizó en todas las tierras que formaban la Corona de Castilla:

En Alcorcón, se reciben y contestan las cuarenta preguntas del Interrogatorio, en Abril de 1751; las verificaciones se realizan y firman en Madrid en Octubre de 1754.

No parece que todos estos estudios fuesen correctos y de confianza pues, con la llegada de Carlos III a España en 1759,

es el Marqués de Esquilache el continuador de lo comenzado por el Marqués de Ensenada.

Notas para poder hacer un estudio sobre las respuestas de 1751 y las posteriores verificaciones de 1754.

Comienza con las reuniones del Concejo, sigue con cuatro folios de las preguntas generales y continúa con la última hoja impresa.

Solo resaltamos algunas respuestas que, podían justificar la revisión de 1761.

Comparación de Respuestas y Verificaciones que NO coinciden.

10. PREGUNTA. *Qué número de medidas hay en el término, distinguiendose las de cada especie y calidad; por ejemplo: tantas fanegas, o del nombre que tuviese la medida de sembradura, de la mejor calidad, tantas de mediana bondad y tantas de inferior; lo propio en las demás especies que hubiesen declarado.*

RESPUESTA. *Hay cuatro mil fanegas, poco más o menos, de tierra labrantía y sembradura: cuatrocientas de buena, mil doscientas de mediana y dos mil cuatrocientas de inferior. Setecientas aranzadas de viña: cien de buena, doscientas de mediana y cuatrocientas de inferior. Cuatro prados que ocupan ciento veinte fanegas. Tierra sembrada de retamares, mil quinientas fanegas. Lo demás del término es tierra inútil que nada produce, situación del lugar, barrancos y caminos.*

VERIFICACIÓN. *En este término se verifican siete mil doscientas setenta y cuatro fanegas y diez celemines y medio que fructifican: quinientas treinta y nueve fanegas con cuatro celemines y medio de secano, para sembrar con año de descanso, de primera calidad; dos mil dos de segunda y dos mil ochocientos treinta y siete con diez celemines de tercera; una fanega con árboles guindales de única calidad; en el plantío de viñas hay doscientas cuarenta y tres fanegas con dos celemines de primera calidad, trescientas cuarenta y una con nueve celemines de segunda y noventa y siete con siete celemines de tercera; de retamares hay mil setenta y nueve fanegas con dos celemines de única calidad; en los prados hay ciento treinta y tres fanegas con el aprovechamiento de hierbas.*

COMENTARIO:

En la respuesta se dice que hay 4000 fanegas de tierra de sembradura y en la verificación dicen hay 7174 fanegas y 10 celemines y medio; la diferencia es clara.

20. PREGUNTA. *Qué especies de ganado hay en el pueblo y término, excluyendo las mulas de coche y caballos de regalo; y si algún vecino tiene cabaña o yeguada, que paste fuera del término, donde y de qué número de cabezas, explicando el nombre del dueño.*

RESPUESTA. *De ganado de labor, de trajino y de lanar, habrá como cuatrocientas cabezas y se considera nueve reales de utilidad por cabeza.*

VERIFICACIÓN. *Constan: cinco caballos, ciento tres machos y mulas, cincuenta y tres jumentos y jumentas, veinte bueyes de labranza y setecientas dieciocho cabezas de ganado lanar que, conforme a la regulación de la utilidad, importa seis mil cuatrocientos sesenta y dos reales; hay diez de cabrio que asciende a noventa reales.*

COMENTARIO:

La diferencia es clara.

21. PREGUNTA. *De qué número de vecinos se compone la población y cuantos en las casas de campo o alquerías.*

RESPUESTA. *Que habra ciento sesenta vecinos y las mismas casas, treinta arruinadas y de las otras algunas expuestas a lo mismo.*

VERIFICACIÓN. *Por el Libro de Personal, se reconoce haber doscientos veintisiete vecinos con hidalgos y pobres.*

22. PREGUNTA. *Cuantas casas habrá en el pueblo, qué número de inhabitables, cuantas arruinadas; si es de señorío, explicar si tienen cada una alguna carga, que pague al dueño por el establecimiento del suelo y cuanto.*

RESPUESTA. *Igual que la 21.*

VERIFICACIÓN. *Se justifican doscientas cuarenta y dos casas; sus alquileres son de treinta mil ochenta y nueve reales*

y veinticinco maravedís. Diecinueve eras de trillar; sus alquileres son mil doscientos sesenta y cuatro reales. Un solar con veintiseis y un corral con once reales.

COMENTARIO.

Otra diferencia.

Continúa analizando las distintas reuniones, respuestas y otros datos, todos ellos muy interesantes.

El trabajo de Antonio.

Antonio casi se había aprendido de memoria las notas anteriores; en todo caso, siempre las tendría en la biblioteca del señor maestro para poder consultarlas.

Pocos días después el señor escribano le llamó para pedirle que le ayudara en la limpieza y orden de su cuarto en el Concejo; estaban en invierno y con la cantidad de gente que pasaría para evaluar, hacer las declaraciones y firmar, se tendría que limpiar constantemente. Antonio, se sentía inmensamente feliz; iba a poder curiosear y, quizás, hacer algunas notas como las del señor maestro. Antes y después de repartir el agua, pasaba por el cuarto del escribano y limpiaba, fregaba el suelo, recogía los papeles estropeados (el escribano se los regalaba para que escribiera por la parte posterior),

reponía agua fresca en los cántaros y jarras y, en general, hacía todo lo que le mandaban.

Comenzó el año 1761 con una actividad frenética; valoraciones, reuniones del concejo, escritos a otros concejos, recibir a vecinos y forasteros, revisar y firmar las declaraciones y más y más trabajos. Antonio estaba muy atento a todas estas actividades y leía todo aquello que podía.

El señor maestro le pidió a Antonio, aunque ya hacía años que no iba a la escuela, que le realizara un resumen de todo lo realizado para practicar su letra ya de por sí muy buena; eso sí, le dijo que NO hiciese la letra del escribano - que sólo la entienden ellos - sino la redondilla y clara que él le había enseñado. En realidad el maestro quería tener un trabajo que complementara el que él había realizado en 1754.

Finalizadas todas las Comprobaciones, Antonio le pidió al señor escribano el poder realizar el estudio, alegando lo pedido por el señor maestro. El escribano, como los documentos eran de consulta pública, no puso ningún problema.

El siguiente documento es el trabajo que presentó Antonio.

*Notas y estudios sobre
las declaraciones y valuaciones
realizadas en Alcorcon en el año 1761
a instancia
del señor marques de Esquilache
ordenadas por
S. M. El Rey Carlos III (q.D.g.)
resumidas por
Antonio Rodríguez Vasallo*

Asistí desde el principio y con la disculpa de hacer la limpieza, llevar agua fresca, afilar plumas, poner tinta y otros trabajos, a reuniones, valoraciones y casi todos los actos que se realizaron con motivo de las Comprobaciones.

Al principio tenía un sentimiento de frustración pues la inmensa mayoría de los que pasaban a declarar eran muy pobres. Un jornalero, la mayoría, ganaba 4 reales al día de media lo que hacía al año 480 reales; si trabajaba su mujer o alguna hija eran otros 140 reales mas.

A mí padre, le habían regulado: por jornalero 480 reales, por aguador con un pollino 150, por hospitalero 150 y por el trabajo de jornalero de mí hermano Cayetano otros 480 reales; lo que hacía un total de 1260 reales anuales que entraban

en la familia. La inmensa mayoría no llegaba a esa cantidad; unos pocos haciendo varios trabajos llegaban a 2500 y, muy, muy pocos pasaban de esa cantidad.

Sí, en Alcorcon eramos muy pobres; Sí, pero ¡eramos felices!.

Mi trabajo lo dividire en los siguientes apartados:

- A. - Vecinos del pueblo.
 - Diligencias.
 - Instrucción recibida.
 - Regulaciones y Valuaciones.
 - Declaraciones individuales y su regulación.
 - Las excepciones: los labradores, los alfareros, el médico, el herrero, etc.
- B. - Forasteros.
- C. - Bienes eclesíasticos.
- D. - Censos.

- A. - Vecinos del pueblo.
 - Diligencias.

Por su interés copiamos el siguiente Auto de Oficio.

Aquí lo copia íntegramente.

- Instrucción recibida.

Consta de una serie de folios impresos que indican claramente la forma de realizar

las declaraciones y sus regulaciones. Le acompañan una serie de actas y avisos del concejo.

- Regulación y Valuación.

Los peritos nombrados por el Concejo, todos vecinos de Alcorcon, fijan una serie de normas para regular y valora toda clase de bienes y trabajos.

Copiamos algunos trozos interesantes:

4- Asimismo declaran que las casas de este lugar y su población son todas bajas y de consistencia endeble por se de barro y yeso, a excepción de la casa que tiene D. Manuel Crespo vecino de Madrid que es de vivienda alta y baja y la fábrica de ladrillo y cal.

6- Igualmente declaran que los jornales se dan regularmente a cualquier jornalero; se regulan en 4 rv, pues sí en verano son de 5 en invierno son de tres. Valen los 120 días que la instrucción manda se regulen a cada jornalero con 480 rv cada año.

7- Declaran que todas las tierras son de a cuatrocientos estadales y estos de tres varas y media; cada aranzada de viña es de una fanega de 500 estadales. Dicen que las tierras y viñas de este pueblo no se deben computar como las de los pueblos de alrededor pues la calidad inferior de ellos iguala a la superior de este pueblo.

Primeramente regulan la fanega de tierra de buena calidad en trece fanegas de

cebada cada dos años, de las cuales se rebaja fanega y media de sembradura, fanega y cuartilla de diezmo con lo que queda líquido diez fanegas y cuartilla de producto que a nueve rr.^s cada una importan noventa y dos rr.^s y cuartillo; de las cuales se quitan setenta rr.^s del coste de siete vueltas de arado que se da a cada fanega de tierra, sin la escarda, a razón de diez rr.^s cada una por ser todas de juntas; quedan líquidos veinte y dos rr.^s y cuartillo, los que aumentan y suben hasta veinte y quatro rr.^s. Que es la utilidad que viene a producir una tierra de buena calidad.

La Aranzada de viña de buena calidad, la regulan en veinte y quatro arrobas de huba cada año, que à tres rr.^s cada una importan setenta y dos rr.^s; De las cuales se bajan veinte y siete rr.^s del coste de tres bueltas de arado, à razon de nueve rr.^s cada una por ser juntas: seis rr.^s de poda: nueve rr.^s de escabar mullir y rrequerir: un real de Guardería, que todo compone, sin el coste de vendimiarlo acarrearlo, pisarlo, pagar el Diezmo, y otros gastos que suelen ocurrir en desfollonar y desquillar, Quarenta y tres rr.^s de vellon: Con que quedan líquidos veinte y nueve rr.^s Que es la utilidad que regulan por cada aranzada de viña de buena calidad.

El orno de barro crudo de lo que en este lugar se fabrica, bajado el coste de

fabricarlo, hechar el barro, pícarlo, mojarlo, sacarlo, pícarlo, arrollarlo, secarlo, y cocerlo, lo han de regular en Cien rr.^s vellon por cada uno de utilidad.

A continuación viene una Nota, en la que previenen que no regulan misas rezadas, cantadas, y algunos otros conceptos, y finalizan diciendo:

Fondos de todo lo que importa esta Regulación 300.780 reales y 11 maravedís.

Que se reparten de la siguiente forma.

De los vecinos de este Lugar
242.020 r. y 19 m.

De forasteros 31.076
r. y 22 m.

Capellanías, Patronatos, censos y otros bienes pertenecientes

a eclesiásticos de este pueblo y forasteros.....
27.683 r. y 4 m.

Los peritos juran que han realizado las regulaciones fielmente a su saber y entender.

- Declaraciones individuales y su regulación.

Dado que la mayoría de las declaraciones son repetitivas y con valores muy bajos, pondre la primera y me centrare en las excepciones.

1.- Declaro yo *Gabriel Martín* jornalero becino de este lugar de Alcorcon y en caso necesario lo juro por Dios Nuestro Señor y auna señal de Cruz en forma de Derecho, como tengo treinta y dos años de edad y me hallo casado con *María Gomez de Juan* de edad de veinte y nueve años de cuió matrimoniotenemos dos hijos q.º se llaman *Lorenzo* y *Gabriel Martín* ambos de menor edad, y q.º no tengo hoficio trajino ni comercio alguno mas qe solo el ser jornalero; y q.º tenemos los bienes siguientes=

Casa

una casa de la poblacion de este lugar de corta capacidad en la calle qe de Madrid y Pozuelo viene a el a mano iz.da q.º es la primera, q.º tiene de frente azia el Poniente treze pies y de largo treinta y cinco, q.º es particion y pertenece la mitad de ella a *Pedro Gomez* mi cuñado vecino de Madrid y linda con casa de D.º *Francisco de Bergara* con dicha calle, y con la q.º ba alas eras de la arpada desde el calbario, la qual sirve para mi abitacion.

Tierras de inferior cal.d

Una tierra de inferior calidad donde llaman el pocillo de *Juan Godino* término de este lugar su caber una fanega de quatrocientos estadales y linda con biña de la Capeññania de *Ana Pontes*.

Carga

tienen de carga estos bienes quinientos y cincuenta reales de vellon y diez y seis y medio de ? en favor de la Capellanía de Animas de este Lugar de que es poseedor D.^o Luís Lopez, lo qual es quarta parte de una de doscientos ducados de principal impuesto sobre dichas heredades y la casa que en lín-des tiene D.^o Francisco de Bergara.

Lo qual es cierto y bondadoso so cargo del Juramento q.^o llebo hecho en q.^o me afirmo, y por no saber firmar lo hace a mí ruego un testigo en Alcorcon a seis días del mes de Febrero año de Mil setecientos sesenta y uno.

Regulación.

1.- *Gabriel Martín* jornalero q.^o se halla al numero primero, se le regula por la parte de Casa que tiene, diez y seis rr.^s : Y por la tierra inferior seis rr.^s y medio: Y como jornalero por los ciento y veinte días, Quatrocientos y ochenta rr.^s : Que todo compone Quinientos y dos rr.^s y medio: Rebajanse diez y seis rr.^s y medio de los reditos del censo de cincuenta ducados de principal en favor de la Capellanía de Animas de este lugar, que paga en cada un año, con que quedan líquidos, Quatrocientos ochenta y seis rr. de vellon.

..... 486.

- Las excepciones.

- Los labradores.

En Alcorcón no se puede vivir solo de la labranza; en general la acompañan haciendo alfarería y vendiéndola. De los que solo viven de la labranza podemos destacar a Bentura Escolar, a D. Francisco de Bergara y Azcarate con una regulación de 5549 reales y 25 maravedís aunque esta renta esta influenciada por 1100 reales que cobra su mujer D^a. María escolar de la Tesorería de Italia y por el hecho de ser alcalde, a Manuel Gonzalez de Gabriel con 3344 reales y 13 maravedís y a Clemente Gomez con 2493 reales y 4 maravedís.

- Los alfareros.

Es muy difícil vivir solo de la alfarería, a no ser viudas o personas mayores. Es mas frecuente que hagan la alfarería las mujeres y, despues, la vendan sus maridos por Madrid y La Mancha; destacamos a Jose de la Cuesta, a Francisco Muñoz con 2889.5 reales y a Francisco Hernandez con 3995.

- Los oficios.

Llegamos a lo que es, a mí entender, lo mas importante y los que mas renta tienen; lo han conseguido, o bien estudiando, o aprendiendo durante años un oficio o manejando el poco capital en metalico que tienen. Descacamos los siguientes:

- Don Jose de las Heras, medico. 5000 reales.

- Francisco Escobar, boticario. 3300 r.

- Gabriel Gaytan, sacristan y notario apostolico. 2754 r.

- Jose garcia, cirujano y barbero. 1812 r.

- Mateo de Pontes, maestro cerrajero y herrero. 2100 r.

- Felipe Gomez, maestro albañil. 1441.

- Tomas Gonzalez, maestro zapatero. 674.5 r.

- Jose Mingo, comerciante gallinero. 2000 r.

Con esto, doy por finalizado el capitulo de vecinos del pueblo.

B.- Forasteros.

De las 85 declaraciones de forasteros que constan en Alcorcon, la mayoría son de rentas muy bajas, alrededor de 50 reales, con la excepción de los siguientes: Gregorio Bravo, vecino de Madrid, con 2032 reales; Rosa Fernandez, vecina de Madrid, con

1804 r.; Manuel Crespo, vecino de Madrid, con 2176 r. ; el señor Conde de Torrubiá, vecino de Madrid, con 2789 y Don Diego de Vozmediano, vecino de Madrid, poseedor del Mayorazgo de Vozmediano antes llamado de Don Pedro González de Mendoza, con 1485 reales.

C.- Bienes eclesiásticos.

Lo mismo que en el punto anterior, las 25 declaraciones de este punto, tienen valores pequeños con las siguientes excepciones: Beneficio curato de Alcorcon con 7141 r.; Iglesia Parroquial de Alcorcon con 935 r.; Dignidad Arzobispal de Toledo con 4938 r.; Colegios Mayores de Salamanca con 2454 r.; Renta del Obrero con 2003 y Capellanía de Juan Montero con 1099 reales.

D.- Censos.

Los intereses de los censos que se pagaban en Alcorcon, yo pensaba, eran muy importantes; no es así, son pequeñas cantidades con las siguientes excepciones: Capellanía que en el convento de San Felipe el Real de Madrid fundó Nicolás García de Oñate con 330 reales y el convento de monjas de Boadilla del Monte con otros 330 reales.

Alcorcon agosto de 1761.

Como se ha podido observar, Antonio no se ha referido en ningún momento al escribano ni al señor maestro. Así no molestaba.

¡ No era listo el muchacho !

SUS HISTORIAS.

Las tardes de los días festivos, algunas noches de verano y, sobre todo, tardes de invierno frías y lluviosas en las que no se podía hacer otra cosa, les contaba a sus amigos historias inventadas al calor de un buen fuego en su cobertizo preferido, situado en un corral abandonado que utilizaban como lugar de sus reuniones.

Había dos personas que llenaban su mente y le hacían soñar con grandes proezas.

Una de ellas se había llamado Pedro de Pontes, hermano de Ángela y Ruperto de Pontes. Se fue muy joven de soldado al servicio del Rey, y cuando lo licenciaron, se casó en Valencia del Ventoso, provincia de Badajoz, y no volvió por el pueblo. Se casó con Catalina López, y fue padre de María, casada posteriormente con Francisco Sánchez; María Candelaria, casada con Diego Díaz y vecina de la Villa de Valencia del Ventoso, provincia de Badajoz; y Ana de Pontes López, casada con Juan Pastor y vecina de Zafra, provincia de Badajoz. Estas hijas vinieron a Alcorcón a reclamar la herencia de su padre. Decían que Pedro había estado en las Indias luchando contra los piratas y en las guerras de Italia.

Otro de los personajes del que no se sabía mucho, pero que a Antonio le hacía soñar con aventuras, era Luís de Alcorcón, capitán de galeón allá por 1670.

Estos datos, recogidos en casa del escribano, le servían a Antonio para inventarse aventuras y contárselas a sus amigos.

Los piratas del Mediterráneo.

Era un atardecer frío y lluvioso del mes de febrero. Como casi siempre se habían reunido en un cobertizo, medio derruido y que utilizaban para sus reuniones, al calor de una fogata para comerse sus meriendas.

- Venga Antonio, cuéntanos una historia - dijo Alfonso.

Antonio se acordó del médico Don Juan Matheu, y comenzó su historia.

Había un mar por la zona donde sale el sol

- ¿Que es un mar? - pregunto Mateo, que había ido muy poco a la escuela.

- Es como una laguna muy grande, muy grande - respondió Antonio.

- ¿Más grande que la laguna de Maria Pascuala de Polvoranca? - recaló Mateo.

- Sí hombre - respondió Antonio. No se ven las orillas, y eso que ese mar, el Mediterráneo, es más pequeño que el que está a Poniente, el Atlántico, por el que dicen que navego de soldado Pedro de Pontes, cuando se fue de Alcorcón.

- ¿Más grande que Las Castillas? - preguntó Mateo.

- Sí hombre, y déjame que continúe, - dijo Antonio.

Por las tierras que rodean al mar, había muchas torres vigías y castillos, para defenderse de los piratas que, muchos años atrás, las invadían para robar, matar o llevar prisioneros a los habitantes de los pueblos costeros.

Don Juan Matheu, me dijo que había un pueblo llamado Benidorm, que tenía un castillo en una roca muy alta junto al mar. El castillo y las murallas vienen de antes de la época medieval y fueron modificadas por los árabes. Una vez conquistado el pueblo por las tropas cristianas, estuvo siempre en peligro por los ataques de los piratas moros y fue totalmente destruido por ellos en 1438. Años más tarde fueron reconstruidos, el pueblo y las murallas, por los Reyes Católicos y posteriormente por Felipe II. El castillo, con una pequeña iglesia, donde antes estuvo la mezquita, estaba en lo más alto de la gran roca que bajaba , con grandes acantilados protegiéndola por el sur, este y oeste; hacia la zona norte donde, al estar sin defensas naturales, tenía una gran muralla con dos puertas. Esta muralla, primero de piedra y después retocada con barro, subía por la parte este y oeste hacia la zona de los acantilados donde terminaba por no ser ya necesaria. El pueblo estaba protegido por dos torres de señales en unas montañas en la zona este y oeste; la señal de peligro era mover el fuego de abajo a arriba. Enfrente, hacia el sur, había una isla.

Yo pienso que en esa isla los barcos piratas se escondían cuando, por el día, se acercaban a tierra y, por la noche, con

barcas más pequeñas se acercaban a la playa e intentaban sorprender a la gente durmiendo. Antonio, se calló un momento.

- Vamos sigue - dijo Alfonso. Cuéntanos como eran los piratas.

Antonio, ya con fuerzas por el interés de sus amigos y con tiempo para inventarse historias, continuó.

Los piratas eran moros que venían de la morería; llegaban con dos o tres barcos grandes en los que habría, lo menos, cien piratas o más. Los barcos eran como cinco o seis carros puestos seguidos y, como eran de madera, flotaban en el mar. Tenían unos palos verticales, largos y anchos como un árbol de esos que llamamos cipreses, que con unas telas muy grandes colgadas en los mismos les servía para que el viento los empujase. Cuando no hacía viento utilizaban los remos que eran como esos que hemos visto en la barca del río Guadarrama, pero mucho mas fuertes y largos. En su viaje por mar atacaban todos los barcos cristianos que veían. Se quedaban con ellos, sus riquezas y hacían a los tripulantes y viajeros prisioneros que, después, vendían como esclavos. Recordar lo que nos dijo el señor maestro, que a Miguel de Cervantes, autor de Don Quijote de la Mancha, le hicieron prisionero y estuvo en la cárcel de Argel hasta que unos frailes pagaron su rescate y fue liberado.

Bueno, pues estos barcos llegaban sigilosamente y se escondían detrás de la isla de Benidorm. Allí se quedaban agazapados durante el día y, si aparecía algún pequeño barco de pescadores, se fingían cristianos en una balsa. Cuando los recogían, los mataban o hacían prisioneros. También solían ir nadando entre dos aguas y sorprendían a los confiados pescadores. Por la noche se acercaban en pequeños botes y balsas hasta la costa

Una vez en tierra, cargados de espadas, cuchillos y lanzas se acercaban a asaltar el pequeño pueblo.

Los habitantes del pueblo tenían siempre rondas de vigilancia. Una vez, les tendieron una emboscada y mataron o hicieron prisioneros a todos los moros.

- ¿Y como lo hicieron? - dijo Alfonso.

Antonio, retomó sus ideas y siguió inventando.

El pueblo, como ya hemos comentado, estaba rodeado de una pequeña muralla que más bien era una tapia alta. Por la zona que daba a la calle principal, rebajaron una parte de la tapia y pusieron unos andamios simulando que la estaban reconstruyendo. Los vecinos se escondieron en los tejados de las primeras casas y en una barrera que hicieron con carros en un recodo de la calle. Los piratas cayeron en la trampa. Primero, al ver el hueco y los andamios, pensaron que estaban reconstruyendo la tapia y que, al no existir vigilantes, los pillaban desprevenidos. Cargados con todas sus armas fueron

pasando, de uno en uno, por el hueco. Cuando ya estaban casi todos dentro y solo quedaba un retén de refuerzo en el exterior, los andamios movidos por unas vigas que manejaban varios vecinos, cerraron el boquete de la tapia y los moros quedaron encerrados. Ésa era la señal. En ese momento, los vecinos comenzaron a dispararles con flechas, trabucos y pistolas desde las ventanas y tejados. Cuando los piratas quisieron refugiarse avanzando por la calle, se encontraron en el recodo la barrera de carros y con el mismo recibimiento. Al final, cuando casi todos los piratas estaban muertos o heridos, salieron y los hicieron prisioneros o remataron con las espadas en lucha cuerpo a cuerpo.

- Sí, pero eso no cuela - dijo Damián, pues los piratas del exterior se darían cuenta y actuarían.

- Eso estaba previsto - contesto Antonio, pues en la parte exterior del pueblo y ocultos a los asaltantes se habían dispuesto vecinos a pie y a caballo que, al oír la señal del cierre del hueco de la tapia, salieron y derrotaron al pequeño grupo de refuerzo que estaba en el exterior.

- Bueno, eso vale, pero los piratas de las barcas que estaban en la playa se enterarían - dijo Alfonso.

- También estaba previsto - contesto Antonio. En la zona rocosa, de la playa donde siempre desembarcaban, habían apostado a varios vecinos expertos flecheros que, de forma silenciosa primero, con flechas de arcos y ballestas y al final

con espadas y cuchillos, remataron a los pocos que habían quedado al cuidado de las barcas y balsas.

- ¿Y que pasó con los barcos que estaban detrás de esa isla que tu dices? - preguntó José.

- En un momento lo sabréis - contestó Antonio, buscando tiempo para ordenar sus ideas.

Una vez que acabaron, por muerte o haciéndolos prisioneros, con todos los que habían desembarcado, y como era noche oscura (no había luna y serían las dos de la madrugada), se vistieron, unos de moros, otros de cristianos con la ropa rota como que eran cautivos y con algunos cofres llenos de piedras que parecían productos del saqueo, se fueron acercando en las pequeñas barcas y balsas a los barcos fondeados en la parte oculta de la isla y...

- Ya, pero estos barcos se habrían dado cuenta de que algo iba mal - dijo Mateo.

- No - contestó Antonio. Primero porque los disparos se suponía eran los del ataque de los suyos y, además, por que los alcaldes sabían por uno de los supervivientes, que si al volver a los barcos no había problemas, harían señales agitando una antorcha. Cuando estuvieron a la vista de los barcos, agitaron las antorchas y al acercarse les dijeron que lanzaran las escalas que traían el botín y prisioneros...

- ¡Ahí te he "pillao"!- dijo José. ¿Como les iban a entender?.

- Estáis en todo - les respondió Antonio. Esperó unos momentos para ver que contestaba y continuó.

En el pueblo vivía un vecino que había estado prisionero en Argel durante diez años. Había estado de criado y, luego, de traductor de un comerciante y hablaba muy bien el árabe. Y, para que no me volváis a interrumpir, os diré que en el barco venían muchos piratas que eran renegados cristianos y, aunque hablaban bien el árabe, tenían un cierto deje, como le pasaba al vecino de Benidorm.

- Bueno - dijo Antonio. Aclarado lo anterior, continuó. Subieron a los barcos los supuestos moros y prisioneros y, como eran muy pocos los piratas que habían quedado en ellos, los desarmaron e hicieron prisioneros.

- ¡Anda!, pues ha quedado bien - dijo Damián. Es interesante, pero como has terminado...

- No - contesto Antonio, si no he terminado. Al amanecer acercaron los barcos al pequeño puerto y se los entregaron a los soldados del Rey, que acababan de llegar, como siempre tarde. Eso sí, les dijeron que les correspondía una parte del valor de los barcos apresados y, pasados los meses, recibieron unas buenas bolsas de ducados que los alcaldes, una vez reservada una cantidad para las necesidades generales del pueblo, repartieron equitativamente entre todos los vecinos.

- Bueno, ha estado bien - dijo Damián. Ahora para casa que llega la hora de la cena.

- Esperar un momento - dijo Antonio. Como dicen los mayores del pueblo, "ni las alegrías ni las penas vienen solas" o también, "no hay dos sin tres". Habían vencido a los moros y apresados sus barcos pero lo curioso fue que, - y todo lo que os voy a decir a continuación me lo ha contado el médico que estaba en Benidorm visitando a unos parientes -, años más tarde, concretamente el día 16 de marzo de 1740, estaban celebrado el aniversario de su victoria contra los piratas, y apareció varada en la playa una barcaza grande. Días después se quemaron los restos del barco por si sus antiguos tripulantes hubiesen tenido alguna enfermedad contagiosa; su sorpresa fue que, al mirar entre las cenizas, encontraron la imagen de la Virgen con El Niño y, considerando que era un milagro, la llevaron en procesión a la Iglesia del pueblo. Primero, los vecinos, la llamaron Virgen del Naufragio y posteriormente del Sufragio. Según me dijo el señor medico, todavía está en la Iglesia y es la Patrona del pueblo.

- Y ahora - finalizo Antonio, todos a cenar y hasta mañana.

- Hasta mañana - contestaron todos y se fueron a sus casas.

La Isla.

Otro día, estando en el cobertizo y calentándose en una hoguera - dijo Antonio - Os voy a contar otra historia.

Partía, de Cádiz, una expedición con cuatro barcos. Entre los embarcados iba, como soldado de infantería, Pedro de Pontes,

que se había encontrado a un paisano, Luís de Alcorcón, que iba como capitán del galeote en el que viajaba Pedro, lo que le daba ciertas ventajas. Independientemente de la alegría de ir con un capitán de su pueblo.

Los primeros días, tanto él como otros soldados de infantería, lo pasaron muy mal pues no estaban acostumbrados a los vaivenes del mar; poco a poco se les fue pasando.

La vida en el barco era muy monótona para la infantería pues no tenían nada que hacer. Dormían en unas literas en el soslayo del barco junto a sus armas y su mochila con los utensilios para comer, una manta y objetos personales. Se levantaban relativamente tarde, iban a tomar el desayuno (un trozo de tocino salado con galletas, rociado con un trago de aguardiente), y el resto de la mañana lo pasaban jugando a los dados y a las cartas. La hora de la comida era la mejor, pues era caliente y normalmente consistía en alubias con tocino. Por la tarde noche les daban un trozo de carne seca (cecina) con un buen pedazo de pan (al final de la travesía tenía gusanos, pero ellos decían "mientras sea carne es bueno").

La intención de los mandos de la flota era atacar una isla, refugio de piratas y corsarios que, con sus ataques, entorpecían los viajes de las "Indias" a España. Para disimular su intención buscaban, perseguían y si podían prendían todo barco pirata o corsario que encontraban...

- ¡Oye! - dijo Mateo. - ¿Qué es corsario?. Porque piratas ya sé lo que son.

- Bueno - contestó Antonio. Los corsarios son igual que los piratas pero están apoyados por alguna nación, generalmente Inglaterra, que ahora y siempre han sido nuestros enemigos.

- En más de una ocasión - continuó Antonio - , persiguieron hasta la isla a barcos piratas que, como esperaban, desaparecieron cuando ellos sobrepasaron la isla; siguieron el rumbo, dando la impresión de fracaso. Sin embargo, los mandos conocían muy bien la isla por información de prisioneros piratas y, sobre todo, por un oficial español que habían rescatado hacía bastante tiempo en uno de los encuentros con los piratas. Sabían que era inaccesible para los barcos y por eso iba embarcada la infantería.

La isla era una especie de cono volcánico con todos los accesos por el mar escarpados y muy altos. El interior era boscoso en las alturas y bajaba hacia un brazo de mar interior donde estaba el puerto, cobijo de los barcos piratas, así como una especie de pueblo.

- ¿Pero cómo entraban los barcos si no se veía aparentemente entrada alguna? - dijo José.

- La naturaleza y el ingenio de los hombres lo habían conseguido - continuó Antonio. La isla era prácticamente redonda y, en la zona sur, un resalte dejaba paso a una cueva que conectaba con el interior de la isla, con entrada por la zona

oeste del resalte y que, con marea alta, estaba prácticamente cubierta de agua.

- Mira Antonio - dijo Matéo . Yo no entiendo eso de *risalte o rosalte*, ni lo de las mareas, ni veo cómo era la entrada.

- ¡Resalte!, ¡resalte! - contesto Antonio - y mirando a su alrededor buscaba algo con que explicarlo. Con un trozo de teja que encontró, dibujó en el suelo un círculo. Mirando a Damián, observó que tenía una bota con toda la parte de la punta abierta (era el final de la primavera y, aún, no le había dicho a su padre que se la cosiera) y le dijo que se la prestara. Colocó la bota con la parte de la suela perpendicular a la raya del círculo y con la punta (recordemos que estaba abierta por rota) un poco dentro de la raya; recogió tierra y fue cubriendo la bota, continuando haciendo un montículo de tierra a lo largo de la línea del círculo que había dibujado. Cuando terminó, la bota había quedado cubierta de tierra con dos entradas; una por la parte de los cordones, que sería la entrada desde el mar, y otra por la punta, que daba al interior del círculo que representaba la isla.

- Bueno - dijo Matéo - ahora sí veo la isla.

Sin decir nada, Antonio puso tierra en la zona del hueco de la bota, por parte de los cordones; cubrió el hueco hasta más de la mitad y dijo:

- Esta sería la entrada a la gruta con marea alta, como veis casi no se ve la entrada de la cueva -. Después, con el pie retiró la

tierra de la entrada de la bota y dijo - esta sería la entrada de la gruta, toda libre, con marea baja.

- ¡Oye! Antonio - dijo Matéo. Me estás mareando con eso de marea alta y marea baja y yo no lo entiendo.

- Las mareas - continuó Antonio - según me ha explicado el médico, en su tierra, Valencia, las aguas en la costa suben y bajan dos veces al día más de 6 pies.

Después de hacer una pausa para seguir inventando, continuó.

- Desde lejos, aún con catalejo, era imposible adivinarlo pues no se distinguía ni desde el sur ni desde el oeste pues el fondo de la gruta aparecía como parte de la pared escarpada; desde cerca no se podía ver pues para ello habían dispuesto en lo alto del resalte una especie de castillo con cañones que impedían cualquier acercamiento.

Aunque se conociese esa extraña obra de la naturaleza, era imposible que un barco de guerra, por muy pequeño que fuese, pudiese pasar con su velamen.

- ¡Anda!. ¿Y cómo entraban los barcos de los piratas? - dijo Carlos.

- El ingenio humano - contesto Antonio. Aunque los piratas fuesen malos también tenían ingenio. Habían serrado, a ras de la cubierta del barco, los palos verticales que sostenían las velas. Por la parte del palo que daba a la parte posterior del barco (popa se llama, enfatizó Antonio), habían anclado unas grandes bisagras de hierro y por la parte anterior (hacia la proa,

matizó Antonio) un apoyo en forma de triángulo que sujetaban al palo; a ambos lados habían fijado unos fuertes soportes. Con ello, cuando querían entrar en la isla (siempre con marea baja) con poleas y cuerdas, que además servían para sujetar el palo en alta mar, bajaban los palos con las velas replegadas y las ponían casi en horizontal. Ya sólo tenían que entrar en la cueva a base de remos y fondear tranquilamente en el pequeño puerto interior. Cuando salían a alta mar subían los palos que quedaban perfectamente sujetos y listos para aguantar todos los vientos y tormentas.

¡He aquí el secreto de los barcos fantasmas!

Los mandos de la expedición de los barcos españoles, como ya he dicho, lo sabían y por eso habían montado esa expedición. La idea era que, en una de las persecuciones cerca de la isla y por lo tanto fallida, los barcos seguirían marcha hacia el Sur. Después, dando un gran rodeo se colocarían en espera en el Norte de la isla, suficientemente lejos para no ser detectados; allí esperarían alguna noche cerrada, sin luna.

Tal como estaba planeado, ocurrió. Pero por desgracia encontraron un galeón español medio hundido y totalmente saqueado del cargamento de oro y plata que traía para España; recogieron a los muy pocos supervivientes y pusieron rumbo en persecución de los piratas. Éstos les llevaban mucha ventaja, así que solo pudieron sobrepasar la isla y poner en práctica el plan previsto. La desgracia del asalto del galeón les favorecía

pues todos los piratas lo estarían celebrando, medio borrachos o borrachos, y descuidando la guardia.

Era noche cerrada y sin luna; se acercaron dos botes con unos diez soldados expertos en escaladas. Atracaron sin ser vistos en la cara norte de la isla y, dos de ellos, fueron escalando los más de 120 pies del murallón. Llegaron a la parte superior sin incidencias y, al no ver nadie por la zona vigilando, lanzaron escalas de cuerda por las que subieron seis de los hombres, quedando dos en los botes sujetando esas cuerdas. Una vez los ocho hombres arriba, se dedicaron a buscar otros puestos de vigilancia en los que, como ya suponían, los piratas eran muy pocos y estaban borrachos. Los hicieron prisioneros, atándolos y tapándoles la boca, haciendo, después, la señal a los barcos por medio de una luz. Los cuatro barcos se acercaron y desembarcaron en botes los más de 350 hombres de infantería que transportaban y que fueron subiendo por las escalas anteriormente utilizadas y otras nuevas que lanzaron.

Una vez todos en la isla se dividieron en dos grupos; uno fue hacia el este y otro, un poco más numeroso pues tenían previsto eliminar el fortín de los cañones, por la parte oeste. Enviaron avanzadillas para eliminar los puestos de vigilancia que existieran.

Al llegar la columna del oeste al fortín (que no era tal pues estaba a ras de suelo aunque tenía todos los cañones en dirección al mar y, todos, con su pólvora y municiones

correspondiente), acuchillaron sigilosamente y sin ningún problema a los pocos piratas que estaban de guardia (en realidad borrachos). La sección de artilleros españoles orientó los cañones hacia el pequeño pueblo y la bahía interior y esperó la señal convenida; el resto de la columna del oeste bajó hacia el pueblo y el puerto. Las avanzadillas de las dos columnas se pusieron en contacto y dieron la señal de ataque. Los cañones comenzaron a bombardear los barcos piratas del pequeño puerto y la infantería "entró a saco" en el pueblo en el que dormitaban la borrachera la mayoría de los piratas; mataron a más de 500 e hicieron prisioneros a 97 mujeres, 28 niños y niñas y 327 piratas. En la parte española tuvieron 10 muertos y 27 heridos, la mayoría leves; también rescataron a 18 prisioneros.

Llegado el amanecer, una vez asentadas sus posiciones, encadenados los prisioneros (las mujeres y niños fueron encerrados aparte y tratados con cortesía) y realizadas las correspondientes batidas de seguridad, hicieron señales a la flotilla que se acercó lo suficiente para que, en botes y durante bastantes viajes, fueran llevando a los prisioneros y el botín (que fue muy importante, incluyendo íntegro el de Santa Margarita, que era el barco que antes habían saqueado los piratas) a repartirlos por los barcos.

- Pero la isla volvería a ser sede de otros piratas - dijo Carlos.

- No, - contestó Antonio -, pues se dejó un retén de 100 soldados y artilleros, y la isla quedó como punto de apoyo al tránsito de barcos españoles.

SUS SUEÑOS.

Las casas grandes.

Era un atardecer del mes de septiembre, todos los amigos estaban sentados en las eras de la Arpada cerca de Cantarranas; aún quedaban grandes parvas (montones) de paja que, poco a poco, sus dueños irían llevando a los pajares. Antonio y su familia solo metían cuatro o cinco carros de paja (que compraban, por intercambio de estiércol, a sus vecinos) que les bastaba para la lumbre de la cocina, la comida del borrico y cama para el burro y el cerdo.

El sol, con sus últimos resplandores rojos, y todo lo que abarcaba la vista delante de ellos (miraban hacia Madrid y Carabanchel de Arriba), daban una sensación de tranquilidad y provocaban sueños y elucubraciones.

Antonio hacía poco había estado en Madrid y, además, se había enterado por conversaciones entre el médico y el cura de que iban a hacer un nuevo camino Real a Extremadura, más ancho y que pasaría por el oeste del pueblo, cerca de la ermita de Nuestra Señora de los Remedios. Lo comentó con sus amigos.

- ¿Y por qué van a hacer uno nuevo?, y que no pase por el centro del pueblo. ¿Dónde van a descansar los animales?, ¿y tomar un trago de vino los viajeros?. ¡No!, no me lo creo - dijo Carlos.

- Yo creo que sí, - contesto Antonio -, los viajeros y los animales pueden descansar en Móstoles. Además, el camino actual está en muy malas condiciones y puede que vengan a vivir aquí gente de Madrid.

- Bueno sí - dijo Alfonso -. En las cuatro casas vacías y arruinadas que hay.

- Mirad - dijo Antonio -. Yo he estado esta semana en Madrid, una vez más, y me he fijado bien en las estrechas calles y las casas de una, dos, tres y cuatro plantas. Están todos agobiados, no se respira bien. Mirad aquí, que saludable. Estamos a dos leguas de distancia de Madrid; con un coche de caballos un poco más grande que los que he visto en Madrid, se puede ir y venir en un momento.

- Ya - dijo Damián. Pero si vienen muchos a vivir se puede atascar el camino, que es poco más de dos horas y, además, eso costaría dinero y a nadie le interesa.

- No - continuó Antonio. Pueden hacer en todo este terreno llano, casas más altas que en Madrid, de ocho o nueve plantas y así cabe más gente y sale más barato que allí.

- Si hombre - dijo Damián . Casas más altas que la torre de la Iglesia; ¡"Anda ya" hombre, que se caerían!.

- Yo he visto - continuó Antonio, el palacio que están construyendo donde estaba el Alcazar, y otros palacios que son más altos que la torre de la Iglesia y no se caen.

- Pero cómo van a hacer casas que no tengan corral y cuadras para los animales - dijo Mateo, ¡eso no puede ser!.

- Si no les harían falta - continuó Antonio - los que vivieran aquí, trabajarían en distintos oficios en Madrid, e irían y vendrían diariamente.

- Pues vaya un trasiego - dijo José -. Si van andando, dos horas de ida, dos de vuelta y diez de trabajo; mejor se quedan a dormir en el camino.

- Se podrían construir - continuó Antonio -, unos carromatos como las galeras o un poco más grandes, que con cuatro caballos o mulas, irían y vendrían por la mañana, al finalizar la tarde y algunos viajes intermedios para que puedan descansar las caballerías; así se tardaría menos de media hora y como habría muchos vecinos en las "casas grandes" con nueve o más plantas y muchas habitaciones, el coste del viaje sería muy barato.

- Pues tiene razón Antonio - dijo Mateo. Podría ser como la carreta de cuatro ruedas que tiene la tía Blasa, para traer la retama; se le ponen sillas y un toldo por si llueve y ¡ya está!.

- Pues ya tienen nombre - dijo Antonio. Los podríamos llamar "las carretas de la tía Blasa"; aunque como van por el camino real podría ser "las camino carretas de la tía Blasa"

- Parece un nombre un poco largo - dijo Alfonso.

- Bueno, pues les quitamos letras - dijo Carlos.

- Vale - continuó Antonio. Le quitamos letras y podría ser: "las camino carretas de la tía Blasa". Es decir: "las camino etas de la Blasa"

- No suena bien - alegó Carlos. Si le damos la vuelta a "no" y ponemos "on" quedaría: "*las camionetas de la Blasa*".

- Pues ya hemos arreglado el futuro - dijo José.

- ¡Bueno!, ¡bueno! - dijo Damián. Yo no lo veo claro. ¡A ver!, ¿dónde se trillaría y se sembraría el grano?. Además de quedarnos sin las huertas y los prados que están cerca de la fuente de La Canaleja. ¡Que no, hombre!, ¡que no!.

- Fíjate - dijo Antonio. Esas tierras de ahí son del tío Anselmo, que se dedica a vender cacharros con un burro; con los reales que le dieran por ellas podría comprarse un caballo, coger un criado o dar el dinero a censo (préstamo hipotecario) y a vivir del cuento.

- Bueno, siendo así - asintió Damián.

Con estas elucubraciones y sueños, como ya se había hecho tarde, se fueron tranquilamente a sus casas.

Al día siguiente, en el mismo sitio y mas o menos a la misma hora, estaba el grupo sentado y tirando piedras en plan aburrido.

- De lo que dijo ayer Antonio, yo no estoy conforme - dijo Alfonso. Primero por que no me gusta que quiten el campo y segundo, y aquí te he pillado Antonio, si las casas son más altas que la torre de la Iglesia, con lo que cuesta subir a ella, es

imposible subir y bajar varias veces a esas casas grandes con muchos cuartos, que tu dices.

- Ya había pensando yo en eso - contestó Antonio. Tu padre, le dijo a Alfonso, para subir las tejas utiliza una plataforma de madera y una polea arriba y, además, yo he visto en la construcción del nuevo palacio Real que ese mismo sistema lo utilizan para subir los trabajadores al tejado; He realizado este dibujo: y les enseñé el dibujo realizado en su casa con trozos de papel que, al estar rotos, le daba el escribano.

- ¡Anda!, y eso que es - dijo Alfonso.

- Es una casa grande con muchos cuartos como las que hay en Madrid, pero mayor - contestó Antonio. Como veis hay unas poleas por donde va la soga que sujeta el cajón, y ésta está unida a los arreos del burro; al lado de cada polea hay otra más pequeña para las riendas. Cuando una persona quiere subir, se sube al cajón por una pequeña puerta y tira de las riendas para que el burro avance; entonces el burro arrastra la soga que, por las poleas, hace subir el cajón y llega a la planta que quiera. Para bajar hace lo mismo, tira de las riendas que van por las poleas pequeñas hacia la parte trasera del burro, el burro recula y el cajón baja.

- Pues anda, que como al burro le de por hacer el "burro" - dijo Mateo, se quedan atascados.

- Y, además, - dijo Carlos. Como suban en el cajón dos o tres personas gordas como el tío Cipriano, el pobre burro no puede.

- Bueno, pues ponemos un caballo que tiene más fuerza - dijo Alfonso.

- Sí, pero como las personas sean gordas y, además, quieran subir un saco de garbanzos, yo creo que un caballo solo no tiene fuerza - recalcó Carlos.

- Pues ponemos dos - dijo Alfonso. Y ya tenemos un cajón ascensor con dos caballos de fuerza.

- Bueno - dijo Antonio. Nos quedamos con dos caballos.

- También he pensado - continuó Antonio, y eso no se os ha ocurrido a vosotros ¡eh!, que aunque fuesen burros o caballos se podrían espantar, habría que cuidarlos y, mejor que tirar de las riendas por poleas, sería que los llevase una persona tanto para subir como para bajar. En la parte baja de la casa se podría poner unas cuadras para los animales y un cuarto para el portero.

- ¡Anda ya! - dijo José, ¡y con librea (ropaje que llevaban los porteros en las casas importantes) y todo como en los palacios de Madrid!.

- No hombre, no - contesto Antonio. Con ropa normal. Y como hay muchos cuartos en la casa habrá muchas personas viviendo y, entre todas, podrían pagar un sueldo al portero y un poco más para los animales y su mantenimiento.

- No está mal - dijo Damián. ¿Y cómo llamaremos al cajón?, porque así "cajón", no suena bien.

- Como es para subir y bajar, podemos llamarlo "subidor" o "bajador" - apuntó Mateo.

- Quita allá - contestó Carlos. Eso parecen palabrotas, blasfemias. Como es un cajón que asciende, podemos llamarlo "ascensor".

- Pues mira, muy bien - dijo Antonio. Ya tenemos para la casa grande, un ascensor con varios caballos de fuerza.

Y allí se quedaron un rato, callados, mirando a la lejanía y tirando piedras

Los palacios.

Antonio, interrumpió el silencio -. Ya que estamos hablando de casas grandes para personas como nosotros que trabajen en Madrid, también podrían venir a vivir los nobles.

- Pero si en Alcorcón ya tenemos nobles - interrumpió José.

- Sí, lo sé - continuó Antonio, pero aunque sean hidalgos y se llamen de "don" son personas como el resto del pueblo; aunque tengan ventajas en el concejo y, algo, en el pago de impuestos (según me ha dicho el escribano). Alguno un poco más rico; me refiero a los propietarios de las tierras por las que los habitantes de Alcorcón pagan censos (alquileres), los González de Mendoza, Vozmediano, etc.

- Veis - siguió hablando Antonio, el alto después de la vaguada (se refería a un pequeño montículo en dirección a

Carabanchel de Arriba, pero un poco mas a la derecha), pues allí podrían hacer un castillo.

- Anda ya - dijo Carlos, que ya no hay moros, hombre.

- Bueno - continuó Antonio, puede ser un palacio pero con algunas torres y almenas, por si vuelven ¿no?.

- Desde luego - dijo Damián, vaya melón (se refería a la cabeza) que tiene Antonio; un palacio en medio del campo, ¡anda que sí!.

- El escribano me ha dicho que hay palacios en fincas grandes - dijo Antonio un poco enfadado. Si queréis sigo y si no ¡no!.

- Vale, vale, sigue - dijeron todos.

- Podría ser pequeño - continuó Antonio. Un cuadrado que cada lado fuera de largo mas o menos como la Iglesia del pueblo. Pues bien, la fachada principal que miraría al sur, tendría la puerta principal y, encima, una especie de balconada.

- ¿Una balconada? - dijo Alfonso. ¿Para qué?.

- Hombre - continuó Antonio, se podrían hacer fiestas en la explanada. Acudiríamos los del pueblo y, desde la balconada, saludarían y harían discursos los dueños, los alcaldes, el cura, etc, ...

- Y si te dejan - interrumpió Alfonso. ¡Hasta tú!.

- Bueno, ¿queréis que inventemos el palacio? - contestó Antonio.

- Vale, vale, no te enfades - dijo Carlos.

- Bien, - continuó Antonio. Esa fachada tendría una gran torre en la esquina de la izquierda que, cubierta con una especie de cucurucho que yo he visto en algunos libros, y por las aberturas se podría defender en caso de que vinieran otra vez los moros o los ingleses o vete tu a saber. En la pared que miraría al oeste, en la otra esquina, tendría una torre un poco mas pequeña que defendería la pared oeste y la norte.

- ¿Os gusta o no? - recalcó Antonio.

- No está mal - dijo Alfonso.

- La pared que da al este - continuó Antonio, tendría almenas de defensa. Y ya tenemos el castillo palacio con dos plantas llenas de cuartos y un sótano.

- ¡Ahí te he pillado! - dijo Carlos. Si no tienen cocheras, ni cuadras, ¿cómo van a ir a Madrid?.

- No me has pillado - replicó Antonio. Habría dos construcciones más pequeñas y parecidas al castillo; una sería para cuadras y cobertizos y la otra para vivir los criados.

- Bueno, - dijo José. Como ya hemos arreglado el futuro de Alcorcón, vamos a por la cena que hoy he visto que hay alubias pintas y no quiero perderlas.

- "Arreglao" o "desarreglao" - sentenció Damián.

NOTA FINAL.

Para todos aquellos que éramos niños, en algunos pequeños pueblos perdidos o en barrios de pequeñas ciudades, en los años 50 del pasado siglo XX, las vivencias de este muchacho de Alorcón no nos son extrañas. Los carros tirados por mulas, borricos o bueyes, la trilla, los pequeños hurtos y tantas pequeñas cosas. ¡Tan poco había cambiado la vida!. Pero, eso sí, podemos decir como Antonio y como ejemplo para nuestros hijos y nietos:

Sí, éramos pobres, pero
¡ éramos felices!.

BIBLIOGRAFÍA.

GARCÍA GARCÍA, Bernardo. (1999).

- *El ocio en la España del Siglo de Oro*. Madrid: AKAL.

LÓPEZ GONZÁLEZ, Beatriz. (1995).

- *El Madrid de la Ilustración*. Madrid: AKAL.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique y otros. (2000).

- *Atlas Histórico de España I*. Madrid: Istmo S.A.

RODRÍGUEZ CARBAJO, Pedro.

- *Alcorcón en los archivos I. Años 1764-1817. En el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid*. Madrid 2007. Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid "Jiménez de Gregorio".

- *Alcorcón en los archivos. Años 1751-61, (El Catastro de Ensenada)*. Madrid 2008. Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid "Jiménez de Gregorio".

- *"Bibliografía con noticias de Alcorcón II"*. Madrid 2008. Anales del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid "Jiménez de Gregorio" VIII, pp. 297-311.

- *"Bibliografía con noticias de Alcorcón III"*. Madrid 2013. Anales del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid "Jiménez de Gregorio" XI, pp. 208-230.

- *"Bibliografía con noticias de Alcorcón IV"*; sin publicar.

SÁNCHEZ QUEVEDO, M^a Antonia. (1994).

- *Un viaje por España en 1679*. Madrid: AKAL.

VV.AA. (2011).

- *Manual de cerámica Medieval y Moderna*. Madrid.
Comunidad de Madrid.

YÁNEZ, Antonio.

- *Historia y descripción de Benidorm*. Tomos I y II. Benidorm:
El autor.